HAL open science

Reflexiones sobre el período ibérico pleno (siglos V a III a.C.) en el Bajo Aragón y zonas vecinas del curso inferior del Ebro

Pierre Moret

To cite this version:

Pierre Moret. Reflexiones sobre el período ibérico pleno (siglos V a III a.C.) en el Bajo Aragón y zonas vecinas del curso inferior del Ebro. I Jornades d'Arqueologia - Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació, Tivissa, 23-24 novembre 2001, Centre d'Estudis de la Ribera d'Ebre, Tivissa, p. 111-136, 2002, Ilercavònia, 3. hal-00723945

HAL Id: hal-00723945

https://hal.science/hal-00723945v1

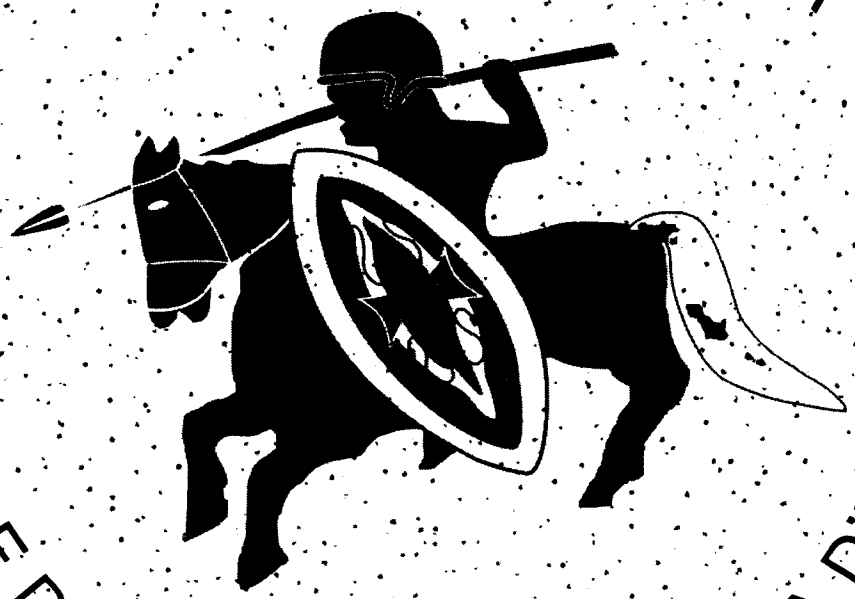
Submitted on 23 Aug 2012

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

ILERCAVÒNIA

FULLS D'ARQUEOLOGIA



CENTRE D'ESTUDIS DE LA RIBERA D'EBRE

I JORNADES D'ARQUEOLOGIA

Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació

Tivissa, 23 i 24 de novembre de 2001

3

CERE - AJUNTAMENT DE TIVISSA
RIBERA D'EBRE 2002

Reflexiones sobre el período ibérico pleno (siglos V a III a. C.) en el Bajo Aragón y zonas vecinas del curso inferior del Ebro

Pierre Moret
Casa de Velázquez

Un examen apresurado de los datos arqueológicos acumulados desde principios del siglo XX podría llevarnos a la idea de que el Ibérico Pleno es el período mejor conocido de la Edad del Hierro en la cuenca inferior del Ebro, gracias a los numerosos yacimientos excavados o localizados en prospecciones y a la abundancia de publicaciones. Además, la posibilidad de datar con precisión algunos de estos yacimientos, gracias a la presencia de cerámica ática o campaniense, parece que presta a la definición de dicho período bases cronológicas particularmente sólidas.

Pero, en realidad, subsisten numerosos problemas cuya solución requerirá, sin duda alguna, largos esfuerzos de investigación. Mientras que, desde hace un cuarto de siglo, se ha producido una profunda renovación de la problemática respecto al Preibérico y al Ibérico Antiguo (a partir del artículo fundamental de Sanmartí y Padró 1978, completado particularmente por Ruiz Zapatero 1984, Burillo 1990 a, Mascort *et alii* 1991, Almagro-Gorbea 1992, Gracia *et alii* 1996, Belarte *et alii* 2000), el Ibérico Pleno se ha visto, si no ignorado, al menos relegado fuera de tal corriente de renovación conceptual.

Al leer algunas síntesis generales sobre la Edad del Hierro se tiene la impresión de que tras las conmociones y mutaciones del Ibérico Antiguo, y una vez constituida la facies "clásica" de la cultura ibérica, ya nada cambia hasta el último cuarto del siglo III, como si la sociedad indígena, petrificada en una especie de equilibrio definitivo, en una estabilidad ahistórica, no hubiera conocido fases de tensión y de turbulencias hasta la segunda guerra púnica. Sin embargo, dicho período es largo, es incluso el más largo de toda la Edad del Hierro ibérica. Este simple hecho invita a reconsiderar con mirada crítica la impresión de estabilidad y unidad que transmiten los datos arqueológicos más fácilmente observables, es decir, la arquitectura y el material cerámico.

Dicho esto, no es mi propósito presentar una síntesis de conjunto del Ibérico Pleno en la región tratada en este coloquio, para lo que carezco de la competencia necesaria. Me propongo simplemente ahondar en un pequeño número de temas, con la intención de comprender mejor este período, centrando mi atención en el Bajo Aragón y en la parte occidental de la Terra Alta. En esta reflexión tendré en cuenta, por supuesto, las dinámicas este-oeste que enlazan la región de la desembocadura con el valle medio del Ebro, pero no me considero capaz de tratar a fondo las comarcas del curso inferior del Ebro y del Montsià, regiones sobre las que, por otra parte, existen algunos recientes estudios de conjunto de gran utilidad (Diloli 1995, Noguera 1998 y 2000, Gracia y Munilla 1993, Munilla 2000). Tampoco trataré aquí, salvo por ocasionales alusiones, las regiones de la orilla izquierda del Ebro, que presentan cierto número de rasgos distintivos particulares; en el valle del Segre, las investigaciones que se realizan actualmente sobre el yacimiento de els Vilars (Arbeca) son las que aportan las novedades más relevantes (Alonso *et alii* 1998).

Podría discutirse extensamente acerca de los límites cronológicos del Ibérico Pleno y sobre el fundamento de los criterios arqueológicos que los justifican (véase balance historiográfico en Burillo 1990 b, p. 141-146). Provisionalmente, y sin prejuzgar su significación histórica real, me valdré de dos criterios para fijar el término inicial. Uno es tecnológico: la aparición de las primeras producciones locales de cerámica ibérica "clásica", caracterizadas por su pasta dura, compacta, de sonido metálico, cocida a alta temperatura, con desgrasante fino o muy fino y superficie lisa, que presenta además formas estandarizadas, similares en toda el área estudiada. El otro criterio es social: la desaparición de las tumbas ricas y de las casas fortificadas aisladas (sobre este último aspecto, ver Moret 2001), consideradas como manifestaciones ostentatorias del estatus privilegiado de una minoría de familias o individuos. Aunque no esté probada la concomitancia cronológica de ambos fenómenos, podemos admitir, siguiendo la opinión de la mayoría de los autores, que se producen entre 500 y 450. En cuanto al final del período, la segunda guerra

púnica se impone sin discusión posible como un punto de inflexión capital. En términos de cronología arqueológica nos detendremos pues alrededor del 200 a. C.

La documentación que poseemos sobre el Ibérico Pleno en el Bajo Aragón y la Terra Alta es relativamente abundante, pero de valor muy desigual (respecto a Aragón puede verse un balance muy completo de las investigaciones en Burillo 1990 b y 1997). En el aspecto positivo hay que anotar que el número de yacimientos excavados, en relación con el número de yacimientos conocidos, es probablemente mayor que en ninguna otra región del mundo ibérico. Esta situación se explica, como es sabido, por la importancia de las excavaciones de comienzos del siglo XX en los valles de Matarraña y del Algars. Hace exactamente un siglo, en 1902, las primeras excavaciones de Juan Cabré en San Antonio de Calaceite pusieron al descubierto un hábitat ibérico excepcionalmente bien conservado (Cabré 1908). En 1914, gracias al apoyo del Institut d'Estudis Catalans, Pere Bosch Gimpera, que contaba entonces 23 años, tomó el relevo de Cabré, impulsando un ambicioso programa de excavaciones y prospecciones en el valle de Matarraña. Doce yacimientos arqueológicos (sin contar las tumbas aisladas) se excavaron, completa o parcialmente, a lo largo de diez años de intensa actividad (1914-1923, informes sintéticos en Bosch Gimpera 1915, 1923 y 1931). Sólo me referiré aquí a los poblados excavados o explora-

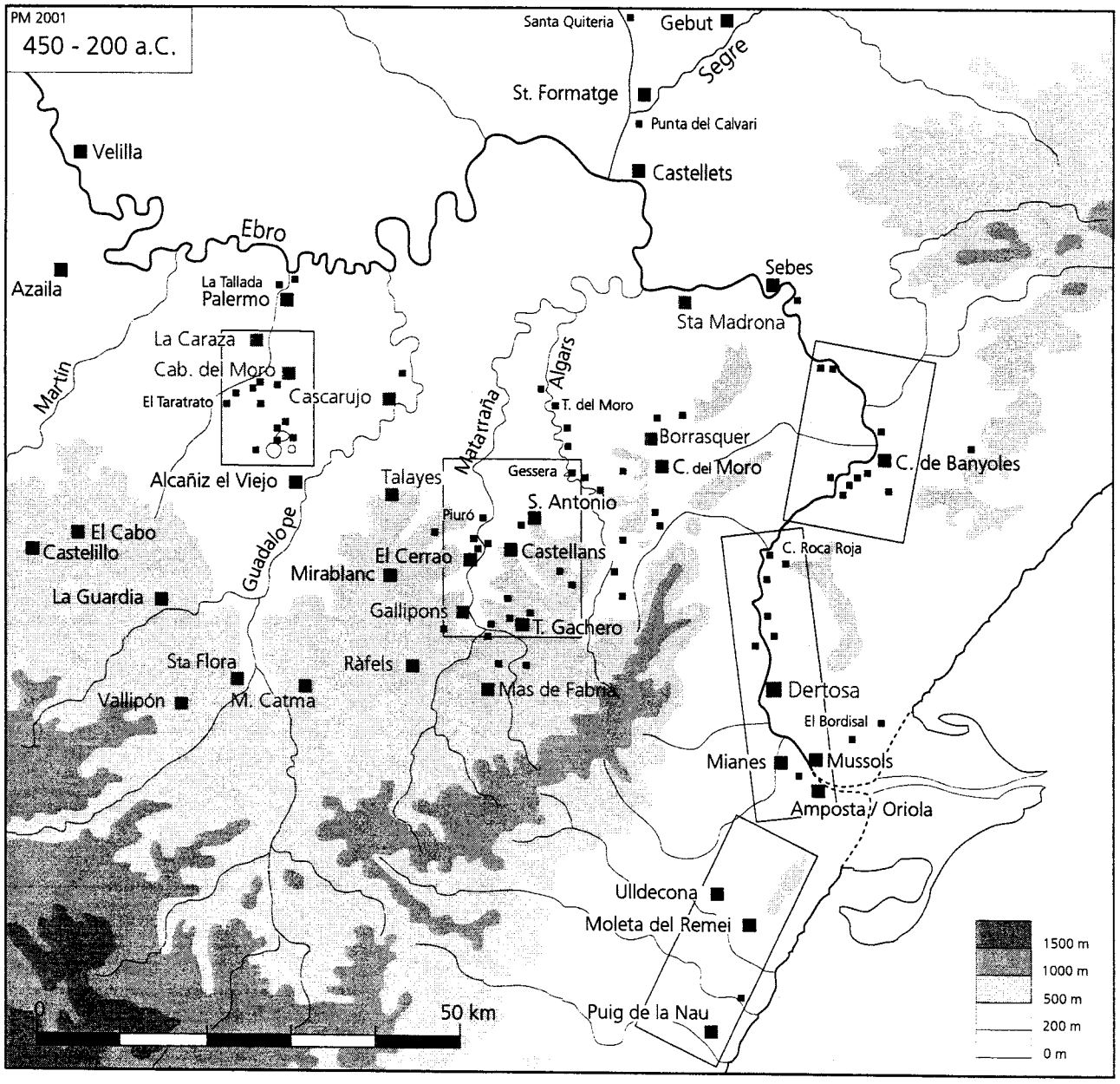


Fig. 1. Mapa del bajo valle del Ebro, con localización de los principales yacimientos del Ibérico Pleno. Cuadrados y nombres grises: yacimientos con cronología imprecisa. Recuadros: zonas mejor estudiadas.

dos en aquella época que estuvieron ocupados durante el Ibérico Pleno: La Gessera (Casseres), San Antonio (Calaceite), Les Umbries (Calaceite), El Vilallonc (Calaceite), El Piuró del Barranc Fondo (Mazaleón), Els Castellans (Cretas), La Miraveta (Cretas), El Castellar (Mas del Llaurador), El Mirablanc (Valjunquera).

Los trabajos de Bosch Gimpera en Calaceite inauguraron en España la era de la arqueología científica. Aunque hoy podamos lamentar algunas deficiencias en la utilización de la estratigrafía, su concepción de las excavaciones estaba muy por delante de su tiempo, tanto por el rigor de su método de registro de datos (sus diarios de excavación y sus registros de inventario siguen siendo hoy una fuente de información de gran valor) como por su aguda comprensión de la cultura material. Como ha subrayado recientemente Enric Sanmartí, Bosch consiguió convertir el Bajo Aragón en el primer laboratorio de la protohistoria ibérica, sentando las bases de una cronología de la Edad del Hierro hasta entonces inexistente en España (Sanmartí-Grego 1999, p. 111).

Dicho esfuerzo tuvo su continuación en otras zonas, a una escala más modesta y siguiendo métodos a veces menos rigurosos: en los alrededores de Alcañiz, gracias a la colaboración de Vicente Bardavíu y Pierre Paris (Paris y Bardavíu 1926, Bruhl 1932); en el valle del Algars, en el Tossal del Moro de Batea (excavado por Pérez Temprado en 1925, resultados publicados parcialmente en Maluquer 1962); y, más al oeste, en La Guardia de Alcorisa (Atrián y Martínez 1976); otras excavaciones, que sería inútil enumerar aquí, permanecen prácticamente inéditas. A partir de los años setenta se han ido produciendo progresos decisivos gracias a excavaciones llevadas a cabo según criterios estratigráficos modernos y cuyos resultados —hecho no menos importante— se han publicado detalladamente. Citemos, entre los yacimientos más significativos del período que nos concierne, la reanudación de las excavaciones en el Tossal del Moro de Batea (Arteaga *et alii* 1990) y en el Coll del Moro de Gandesa (Rafel 1996); en el litoral, La Moleta del Remei de Alcanar se convierte, a partir de los años ochenta, en un punto de referencia importante (Gracia *et alii* 2000).

En cuanto a las prospecciones, un programa de investigaciones sistemáticas ha producido notables resultados en el valle del Regallo, al oeste de Acañiz, poniendo en evidencia una fuerte densidad de asentamientos rurales en la época ibérica (Benavente 1984, Benavente *et alii* 1991). Conocemos mejor la repartición geográfica de los yacimientos ibéricos en el sur de la Terra Alta y en los alrededores de Valderrobres gracias a las prospecciones de E. Puch Foncuberta (Puch 1996, Puch y Ortonoves 1988 y 1992); y, en la depresión de Mas de las Matas, gracias a las investigaciones de A. Martín Costea (1984).

Por último, dos excavaciones han aportado, en fechas muy recientes, información precisa sobre la etapa inicial del Ibérico Pleno: una en El Cabo de Andorra (J. A. Benavente, F. Galve y M. A. Laguens en el presente volumen), y otra en el Cerrao de Valdeltormo, de la que hablaremos más adelante. En cuanto al curso inferior del Ebro, las actas de este coloquio presentan una serie impresionante de descubrimientos y de nuevas excavaciones. La síntesis de todas estas novedades, en su mayoría inéditas en el momento que escribo estas líneas, constituye, pues, un reto para el futuro.

En el aspecto negativo, hay que reconocer la insuficiencia de las publicaciones relativas a ciertas excavaciones de hábitat (particularmente en la zona de Caspe), la ausencia de excavaciones e incluso de prospecciones en amplios sectores (entre otros el interfluvio Guadalope-Matarraña, el valle bajo del Matarraña o el valle bajo de Algars). Por lo tanto, es difícil saber si los vacíos patentes en el mapa (fig. 1) entre las zonas prospectadas de forma intensiva se deben a lagunas de la investigación o a discontinuidades reales de los asentamientos. Volveremos más adelante sobre este tema.

Por otra parte, las teorías elaboradas hace casi un siglo mantuvieron durante mucho tiempo una influencia sobre el desarrollo de las investigaciones, y siguen condicionando, sin que seamos siempre conscientes, nuestra visión de la protohistoria bajoaragonesa. Subrayé más arriba el carácter profundamente innovador del trabajo realizado por Bosch Gimpera en el Bajo Aragón, lo que no quita que tenga puntos flacos, tanto más aparentes por el hecho de que su obra quedara inconclusa. Ante la falta de una publicación de conjunto suficientemente meditada, debemos contentarnos con una serie de artículos preliminares de los que a menudo sólo se ha retenido la parte más discutible: me refiero a la tentativa de clasificación tipo-cronológica de los yacimientos preibéricos e ibéricos del Matarraña.

Los resultados de las prospecciones y sondeos realizados antes de 1914 por un grupo de eruditos bajoaragoneses (S. Vidiella, J. Cabré, M. Pallarés, L. Pérez Temprado) llevaron a Bosch Gimpera a la conclusión de que todos esos poblados (con la notable excepción de San Antonio) habían tenido una sola fase de ocupación. Convirtió esta intuición —desgraciadamente errónea— en un postulado heurístico: partiendo del principio de que un poblado representaba un período, pensó que bastaría con excavar un número suficiente de ellos para reconstituir la secuencia completa de la protohistoria regional[1].

Hubo que esperar a los trabajos de Enric Sanmartí, en los años setenta, para que se demostrase la inviabilidad de tal construcción teórica. La revisión del material conservado en el Museo de Arqueología de Cataluña reveló que los poblados de El Piuró del Barranc Fondo, Vilallonc, La Gessera y Els Castellans habían conocido en realidad dos fases de ocupación, una preibérica o ibérica antigua, y otra ibérica plena (Sanmartí 1975, p. 113-114); después, las excavaciones realizadas en el Tossal del Moro siguiendo un método estratigráfico riguroso pusieron de nuevo en evi-

[1]Así escribió, ya en el primer año de su investigación: "generalment fan l'efecte de no haver estat habitats gaire temps, i es de creure que quan s'haigin investigat metòdicament un bon nombre d'aquests poblats, haurem donat un gran pas endavant en el coneixement de l'evolució d'aquella cultura" (Bosch 1915, p. 824).

dencia la sucesión de dos poblados en el mismo yacimiento (Arteaga *et alii* 1990). A partir de entonces, la Edad del Hierro en el Bajo Aragón se nos presenta bajo una nueva perspectiva, más compleja y matizada. El trabajo de reevaluación iniciado con tanta clarividencia por Enric Sanmartí debe continuar. Las antiguas excavaciones del Institut d'Estudis Catalans son una mina de información todavía sin explotar en buena parte —el reciente estudio de C. Belarte (2000) sobre los vestigios de construcción en tierra es un buen ejemplo de su potencial—, y obtendremos mayores beneficios de ellas ahora que nuevas investigaciones y excavaciones nos permitirán, paralelamente, afinar las cronologías y renovar los modelos interpretativos.

¿Necrópolis del Ibérico Pleno en el valle bajo del Ebro? A propósito de la cronología de Mianes

Puede parecer sorprendente que introduzca la cuestión de las prácticas funerarias del Ibérico Pleno a través de una revisión sobre la necrópolis de Mianes (Santa Bárbara, Montsià), que se ha clasificado tradicionalmente entre las necrópolis características del Ibérico Antiguo. A causa de la ausencia de cerámica importada, las dataciones propuestas han variado considerablemente. Sanmartí y Padró la dataron entre 550 y 500/480, con una posible continuidad en el siglo V (1978, p. 167 y 174); Mayoral entre 550 y 500 (1992); Maluquer alrededor de 450 (1987, p. 167); Gailledrat entre 500 y 450 (1997, p. 147). Pero, como ha visto acertadamente G. Munilla (1991, p. 142), el período de utilización de esta necrópolis fue seguramente más largo. Basándose en la presencia de ciertas formas evolucionadas de fíbulas, Munilla llega a prolongarlo hasta comienzos del siglo IV. La publicación del material obtenido por Francesc Esteve Gálvez en los años 1968-1970 (Esteve 1999, p. 79-183) confirma dicho análisis y puede incluso llevarnos a rebajar aún más el término final de la necrópolis. Me contentaré aquí con hacer referencia a tres elementos de armamento particularmente interesantes que Maluquer no pudo tener en cuenta en el momento de la redacción de su monografía. Fernando Quesada Sanz, a quien consulté sobre este tema, ha tenido la amabilidad de autorizarme a manifestar su opinión sobre esas tres espadas.

- En la tumba 5 se encontró una espada de antenas (Esteve 1999, p. 100 et fig. 18). Se trata de una espada de espiga con remates de antena en seta y guarda muy doblada, con antenas en U simple. Existen paralelos en los Pirineos centrales y en Languedoc (aunque no se corresponda exactamente al tipo Corno Lauzo), lo que sugiere una datación hacia mediados del siglo VI o su segunda mitad.

- La tumba 43 ha proporcionado una espada del mismo tipo que las dos encontradas en la necrópolis de La Solivella (Esteve 1999, p. 128 y fig. 48). Su datación es difícil; si admitimos que este tipo es más reciente que el representado por las espadas de Can Canyis, se podría plantear una fecha hacia finales del siglo VI, lo que concordaría con el broche de cinturón de tres garfios de la misma tumba.

- Por último, la falcata damasquinada, ricamente decorada, encontrada fuera de contexto en el sector A (Esteve 1999, p. 90, fig. 7) es un elemento mucho más reciente que, basándonos otra vez en las sugerencias de F. Quesada, podría situarse entre 375 y 350. Existen paralelos en Alcoy y en Andalucía. Se trata evidentemente de un objeto exótico, importado de una forma u otra (donación, trueque, botín...) de una región más meridional.

Nos hallamos pues ante una necrópolis que fue utilizada, aparentemente sin interrupción, de mediados (o de finales) del siglo VI a mediados del siglo IV. Esta duración de por lo menos un siglo y medio se adentra pues ampliamente en el Ibérico Pleno, y debemos sacar de esta constatación una consecuencia importante: en ese sector de la desembocadura no hay hiato —ni demográfico ni cultural— entre el Ibérico Antiguo y el Ibérico Pleno. El poblado del que dependía la necrópolis de Mianes continuó su existencia con las mismas costumbres funerarias y los mismos tipos de ajuar cerámico. No constatamos ninguna evolución en el acondicionamiento de los depósitos funerarios: se trata, de principio a fin, de los mismos hoyos poco profundos, sin equipamiento particular ni estructuras de piedra, que contenían generalmente una sola urna y, en algunos casos, elementos de adorno en bronce y armamento. En cuanto a la cerámica, es cierto que la ausencia de importaciones no permite establecer una seriación cronotipológica, pero, a pesar de dicha limitación, la homogeneidad del material de Mianes es sorprendente, puesto que se limita a dos formas prácticamente hegemónicas: la urna de cierre hermético (*cf.* López Bravo 2001) y la urna bitroncocónica sin hombro con borde en forma de cabeza de ánade.

Evidentemente, tal continuidad, realmente extraordinaria, resulta difícil de interpretar debido a la falta de paralelos. ¿En qué medida puede extrapolarse a otros yacimientos? Es todavía demasiado pronto para hacer un balance, a menos que nos embarquemos en especulaciones gratuitas. Es probable que la necrópolis de la Oriola, cerca de Amposta (Esteve 1974), muy cercana por su material, su ritual y sus dispositivos, pertenezca también, al menos en parte, al Ibérico Pleno. Pero ¿y más allá, en las tierras del interior? La única indicación que tenemos es la existencia de una fase de utilización de la necrópolis de Coll del Moro de Gandesa durante el Ibérico Pleno, documentada por Núria Rafel. En los sectores de Maries y Calars, los niveles superficiales, desgraciadamente mal conservados, situados en los espacios intermedios entre las tumbas de empedrado tumular de épocas anteriores, han proporcionado un número importante de urnas ibéricas, algunas de las cuales se pueden datar en el siglo IV basándose en sus motivos decorativos (Rafel 1991, p. 29-34 y 1993, p. 68). Es pues probable que tumbas de hoyo simple, más modestas y discretas, hayan sucedido a los túmulos del siglo VI.

Al oeste de Gandesa, entramos en un mundo en el que parece haber desaparecido todo vestigio de restos funerarios del Ibérico Pleno. Este vacío arqueológico, que dura

hasta finales de la Edad del Hierro, plantea varios problemas que Francisco Burillo (1992) ha tratado desde un punto de vista metodológico. Descartando *a priori* la posibilidad de un cambio ritual radical, se interesa por los factores geomorfológicos que pudieron obstaculizar la identificación de las tumbas ibéricas del Bajo Aragón, privilegiando dos hipótesis: la destrucción de las tumbas a causa de procesos erosivos, si no estuvieran protegidas por un empedrado o algún otro tipo de estructura externa, y el ocultamiento de éstas bajo una acumulación de sedimentos, si estuvieran situadas en el fondo de los valles.

De hecho, se trata ante todo de un problema de adquisición de la información arqueológica. Ninguno de los grupos de tumbas descubiertos en el Bajo Aragón (rara vez son lo suficientemente numerosas como para poder hablar de "necrópolis") ha sido estudiado según los métodos modernos de la arqueología. Resulta significativo que, en el Coll del Moro, los depósitos funerarios del Ibérico Pleno, carentes de estructuras de piedra, sólo hayan aparecido a partir del momento en que Núria Rafel llevó allí a cabo excavaciones estratigráficas extensas. Desgraciadamente, esta laguna no podrá colmarse ya nunca en la comarca de Matarraña, pues un gran número de estructuras funerarias reconocidas por los colaboradores de Bosch Gimpera y más tarde por J. Tomàs Maigí (1959, 1960) fueron posteriormente destruidas o quedaron muy degradadas debido al desarrollo de la arboricultura mecanizada.

Dicho esto, y teniendo en cuenta la intensidad de las investigaciones llevadas a cabo a principios del siglo XX, en caso de existir tumbas comparables a las de Mianes, muy probablemente habrían de haberse descubierto algunas, o al menos se habrían debido recolectar fragmentos. La ausencia de todo vestigio sólo puede pues interpretarse de tres formas:

- Los yacimientos eran los mismos, pero los enterramientos ya no incluían material cerámico; se disponían las cenizas directamente en un pequeño hoyo. Salvo en casos excepcionales, este tipo de enterramiento no deja rastros arqueológicos.
- Sí existían depósitos de urnas cinerarias, pero los yacimientos ya no eran los mismos que durante el Ibérico Antiguo. En vez de elegir lugares cercanos a los poblados, enterraban las urnas en el fondo de los valles o barrancos, en sectores que se encuentran hoy sepultados bajo espesas capas de aluviones.
- Última hipótesis: un cambio ritual radical, consistente, por ejemplo, en la dispersión de las cenizas en un río, como se ha sugerido a veces para otras regiones de la Península cuando, en un momento dado, desaparecen completamente todos los rastros de prácticas funerarias.

Me inclinaría más bien por la primera hipótesis. No es muy probable que se haya consagrado a los muertos las tierras irrigables del fondo de los valles: se trata de tierras demasiado valiosas, las únicas susceptibles de una agricultura intensiva; por otro lado, las frecuentes riadas que se producen en esta región en otoño y primavera habrían amenazado la perennidad de los restos sagrados. En cuanto a la tercera hipótesis, la falta de ruptura radical en el resto de las prácticas culturales (como veremos más adelante) hace que resulte poco verosímil. Por el contrario, la primera hipótesis sería la que mejor se inscribiría en el marco de una evolución progresiva y coherente, caracterizada por el empobrecimiento gradual de los materiales. Además, podemos señalar que existe un paralelo en Languedoc, donde las tumbas del siglo V se caracterizan por una importante disminución del número de vasos depositados en ofrenda; la urna cineraria tiende incluso a desaparecer y las cenizas se disponen directamente en el fondo del hoyo (Py 1993, p. 143-144).

En cualquier caso, la desaparición de materiales funerarios ricos en el Ibérico Pleno en el Bajo Valle del Ebro —exceptuando la *falcata* de Mianes, que por ahora sigue siendo un caso aislado— es un hecho incontestable que debemos tener en cuenta en una reflexión más amplia sobre la utilización de los objetos valiosos (prefiero hablar de objetos valiosos que de objetos de lujo, ya que este último término posee connotaciones morales, basadas en una antinomia entre lo útil y lo inútil, lo necesario y lo suntuario, que son probablemente ajenas a la ideología ibérica). Ya desde los primeros tiempos de la necrópolis de Mianes había desaparecido la vajilla fina de importación, presente en Mas de Mussols hasta mediados del siglo VI. A partir de mediados del siglo V, no se consagra a los muertos de Gandesa más que un poco de cerámica, y tal vez aún menos a los del Bajo Aragón.

¿Quiere esto decir que ya no circulan objetos valiosos en las sociedades indígenas del Ibérico Pleno? Resultaría bastante sorprendente, y muy poco conforme con lo que, por otro lado, sabemos de las costumbres ibéricas. Los objetos de esta naturaleza sin duda continúan adquiriéndose, donándose o siendo objeto de pillaje; la única diferencia es que los rituales funerarios ya no son excusa para retirarlos de los circuitos de intercambio y atesoramiento. Podemos suponer que los tesoros, grandes o pequeños, acumulados por los individuos dominantes, se transmitían a su descendencia, llegando a crearse patrimonios a lo largo de varias generaciones. No se trata de una hipótesis gratuita: como veremos más adelante, podemos encontrar en la composición del mobiliario de algunas casas de San Antonio de Calaceite vestigios de este tipo de prácticas.

Teniendo en cuenta las dificultades y lagunas existentes en los trabajos sobre las prácticas funerarias, se hace necesario dirigir la atención a las estructuras del hábitat para caracterizar de forma más precisa las etapas del Ibérico Pleno. En el estado actual de la documentación arqueológica sólo podremos distinguir dos etapas.

La primera etapa y el problema de la iberización

La fase inicial del Ibérico Pleno es la más fácil de definir. Abarca la segunda mitad del siglo V y una parte aún imprecisa del siglo IV. Señalaré como yacimientos de referencia El Tossal del Moro de Batea (valle de Algars) y El

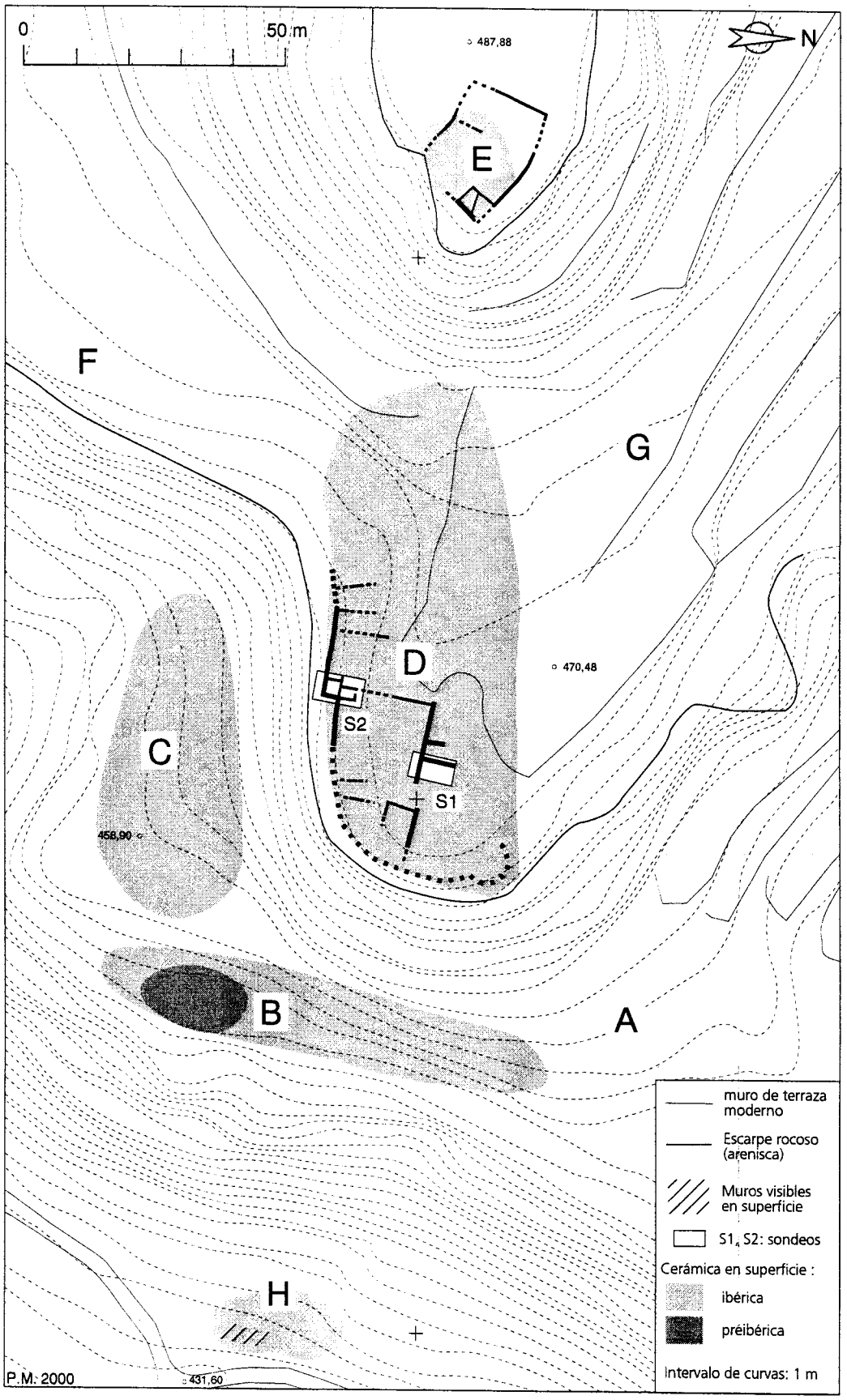


Fig. 2. Plano del yacimiento de El Cerrao (Valdeltormo, Teruel). Las zonas grises indican los lugares con mayores concentraciones de fragmentos cerámicos en superficie. El río Matarraña discurre a unos 200 m al este de la zona H.

Cerrao de Valdeltormo (valle de Matarraña), en espera de la publicación de las excavaciones de El Cabo de Andorra, que, según todo indica, aportarán datos de gran trascendencia. Siendo el poblado del Tossal del Moro suficientemente conocido gracias a una excelente publicación (Arteaga *et alii* 1990), me limitaré aquí a presentar los primeros resultados de las excavaciones de El Cerrao, que confirman ampliamente los del Tossal del Moro.

El yacimiento de El Cerrao es un saledizo de la terraza oligomiocénica que bordea el valle de Matarraña, limitado por dos barrancos. Las estructuras de hábitat están dispuestas en la vertiente, sobre varias plataformas sucesivas (fig. 2). El poblado del Ibérico Pleno se encuentra sobre la plataforma principal (zona D). Dicho poblado sucede a un hábitat preibérico que conocemos todavía mal y del que se han encontrado algunos vestigios (concretamente un fragmento de asa de ánfora fenicia) en superficie, sobre la terraza inmediatamente inferior (zona B).

La intervención arqueológica realizada en 2000[2] se limitó a sondeos; sólo conocemos pues en líneas generales el plano del poblado y la disposición de las casas. Los restos de muros visibles en la superficie hacen suponer una longitud máxima de 90 m, para una anchura de 30 a 40 m, lo que nos daría una superficie cercana a los 3000 m². Los muros siguen direcciones aproximadamente ortogonales que sugieren la existencia de dos calles longitudinales este-oeste bordeadas por hileras de casas. Varios muros de El Cerrao poseen una notable particularidad ya conocida en el Bajo Aragón en algunos yacimientos más antiguos (Tossal Redó, La Gessera): se trata de losas de arenisca de gran tamaño (en algunos casos de más de un metro de longitud y altura), de contornos irregulares, que están colocadas de canto en la base del paramento externo como si fueran ortostatos. Se ha dicho a veces que ese tipo de aparejos era propio de las construcciones de la primera Edad del Hierro; el caso de El Cerrao demuestra que se mantuvo hasta el siglo V, e incluso hasta el siglo IV. Señalemos para terminar que el muro de cierre exterior no es mucho más grueso que los muros de las fachadas de las casas.

Hemos distinguido dos fases de construcción y de ocupación; su material posee características similares, lo que permite pensar que se sucedieron en un período de tiempo breve. A falta de cerámica importada, nos hemos apoyado en una datación radiocarbónica para determinar el horizonte cronológico del poblado. No es inútil recordar a este respecto que el Ibérico Pleno se presta particularmente bien a las dataciones por carbono 14, pues los intervalos que se obtienen tras la calibración son más ajustados que los obtenidos para los siglos VI y VII. Sin embargo, paradójicamente, existen muy pocas fechas C_{14} para los siglos V y IV en el mundo ibérico, mientras que son numerosas para los períodos anteriores.

La datación fue realizada a partir de carbones de la primera fase de ocupación del poblado (Ly-10243). Fecha convencional: 2375 BP ± 35; edad calibrada (margen estadístico de 2 sigmas): entre 516 y 392 a. C. El pico de probabilidad máxima culmina en 403, y un pico secundario aparece hacia 475. Podemos pues afirmar con casi total certeza que la fundación del poblado se sitúa en el siglo V. Además, las grandes similitudes con la fase ibérica del Tossal del Moro, fechada en torno a 400 gracias a la cerámica ática (Arteaga *et alii* 1990; Rouillard 1991, *Inventaire*, p. 335), hacen que sea perfectamente aceptable una fecha cercana a 403 a. C.

El material cerámico de este poblado de finales del siglo V se caracteriza por la coexistencia de cerámica a mano y de cerámica a torno (fig. 3)[3]. El repertorio de la cerámica a mano se ha empobrecido en relación al del Ibérico Antiguo, y cabe señalar que las formas que se conservan reproducen sin grandes modificaciones tipos ya existentes en el siglo VI, e incluso en el siglo VII. Es el caso de la taza con un asa (fig. 3, n° 2) y de la ollita decorada con botón aplicado (fig. 3, n° 4), para las que podemos encontrar paralelos en el siglo VI en la necrópolis de Coll del Moro de Gandesa (Rafel 1993, fig. 109-110). La forma a mano más frecuente en los yacimientos bajoaragoneses del Ibérico Pleno, la ollita de perfil en S con cordón inciso o digitado debajo del cuello (fig. 3, n° 5), sólo se distingue de sus predecesoras del siglo VI por un cuello menos alto y un ángulo más acusado en la confluencia del cuello y el hombro. Esta ollita parece haber tenido diferentes usos: la cocción de alimentos, por supuesto, pero también su conservación, puesto que un análisis realizado por Jordi Juan i Tresserras de los residuos depositados en el fondo de un vaso de este tipo, procedente de un nivel del siglo V/IV del Tossal Montañés, reveló la existencia de frutas carnosas confitadas en miel de abeja.

Es preciso insistir en la continuidad de las formas de la cerámica a mano, pues en diversas publicaciones basadas en prospecciones se atribuye sistemáticamente una ocupación prolongada, desde la primera Edad del Hierro hasta la época ibérica, a los yacimientos en los que se ha encontrado ese tipo de material al mismo tiempo que cerámica ibérica. El ejemplo de El Cerrao demuestra que puede tratarse perfectamente de poblados fundados en el siglo V, o incluso del siglo IV.

Como ocurre en el Tossal del Moro de Batea, la producción de cerámica a torno de tipo ibérico de El Cerrao es muy poco variada. La tinaja de borde plano reentrante (a menudo llamada *dolium* tipo "Ilduratin" en Aragón), es el único vaso grande de almacenamiento (fig. 3, n° 7). Encontramos también un contenedor de tamaño mediano, la tinajilla sin hombro de perfil bitroncocónico y borde trian-

[2]Excavaciones financiadas por la Casa de Velázquez y el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia con el apoyo del Taller de Prehistoria y Arqueología de Alcañiz.

[3]Resumo aquí los resultados preliminares del estudio del material cerámico de El Cerrao y del Tossal Montañés que está finalizando Alexis Gorgues. La figura 3 reúne el material de finales del siglo v de El Cerrao y del Tossal Montañés III, yacimiento contemporáneo situado a sólo 300 m de El Cerrao.

gular (fig. 3, n° 8) y dos elementos de vajilla de mesa: el plato de borde exvasado (fig. 3, n° 1) y el jarro de boca trilobulada (fig. 3, n° 2). Las tazas y los vasos de cierre hermético, no atestiguados en El Cerrao, están representados en la misma época en el Tossal del Moro, en San Antonio y en el Piuró del Barranc Fondo.

En cierta medida, esas formas de cerámica a torno sustituyen, conservando los mismos usos, a formas análogas de la cerámica a mano. La gran tinaja a mano, omnipresente en los poblados del Bronce Final al siglo VI, no fue reemplazada por el ánfora ibérica, como en las regiones cercanas al litoral, sino por la tinaja de borde plano, cuyo

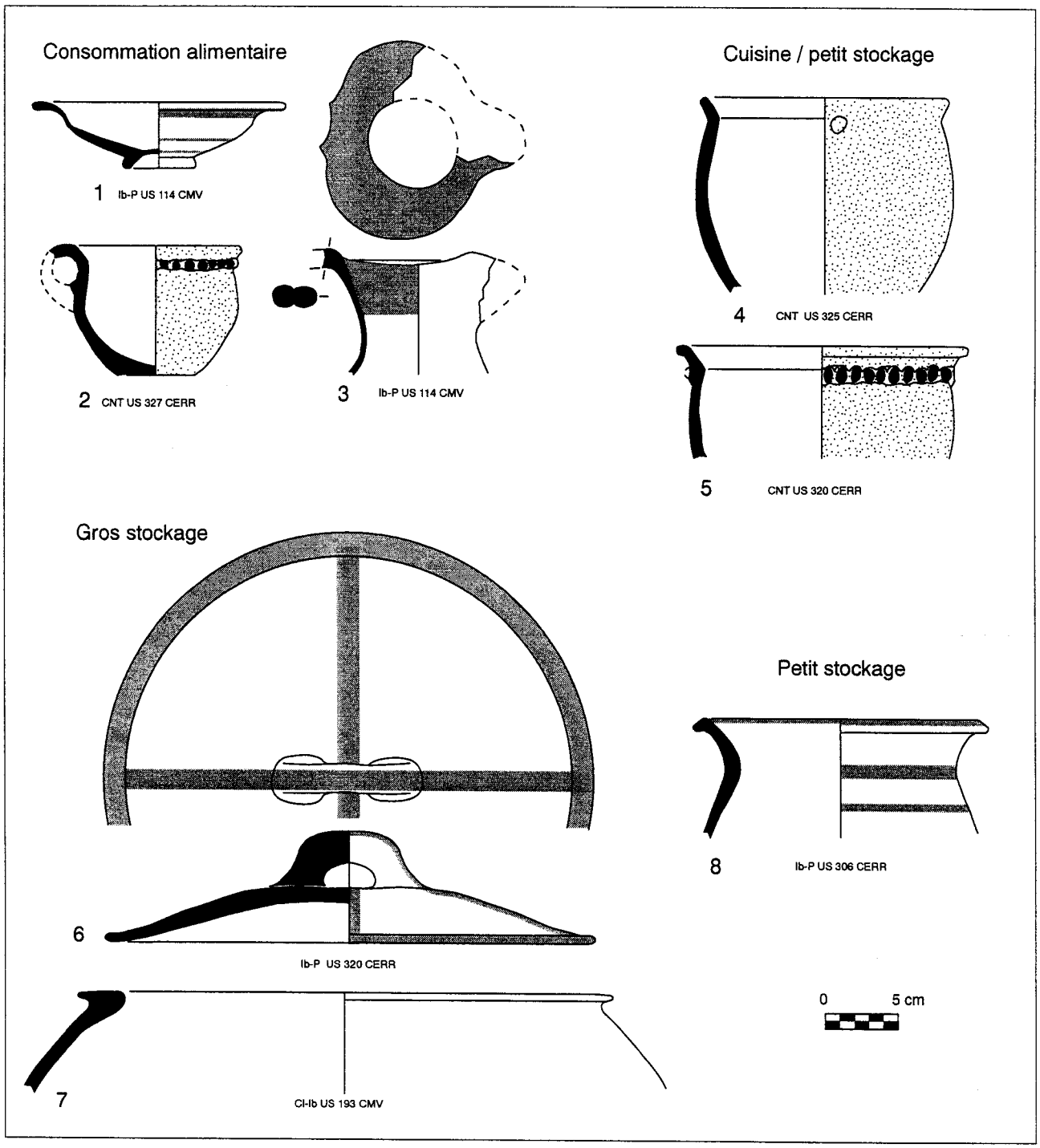


Fig. 3. Las formas de cerámica más frecuentes hacia 400 a.C. en Valdeltormo (yacimientos de El Cerrao y de Tossal Montañés III), agrupadas según sus funciones. CNT: cerámica sin torno; Ib-P: cerámica ibérica pintada.

diámetro de boca y capacidad son análogos; es decir, que su forma de utilización y su ergonomía son más o menos las mismas (lo que no habría sucedido con el ánfora ibérica). La tinajilla sin hombro sustituye a toda una gama de vasos de tamaño mediano con cuello divergente. El plato de borde exvasado reemplaza a formas similares de cerámica a mano, atestiguados en Valdeltormo en el nivel del siglo VI del Tossal Montañés; la filiación que algunos autores han sugerido entre esta forma de plato y la vajilla orientalizante de barniz rojo no nos parece pues pertinente.

En resumen, la evolución del material cerámico entre los siglos VI y V muestra menos rupturas que continuidades. El pequeño número de formas tomadas del repertorio ibérico parecen haber sido seleccionadas en función de una voluntad de continuidad funcional; aparte del jarro de boca trilobulada, todas ellas tienen un equivalente en el repertorio a mano anterior. Así pues, seguramente los usos culinarios y las modalidades de consumo siguieron siendo los mismos.

Desde el inicio del Ibérico Pleno, podemos incluso observar adaptaciones o creaciones propias en el Bajo Aragón. La tinaja de borde plano no tiene equivalente ni en la región valenciana (no está catalogada en la completa tipología de C. Mata y H. Bonet, 1992), ni en el litoral catalán (Arteaga *et alii* 1990, p. 131). La taza de perfil en S con asa única, tipo muy poco frecuente en el resto del mundo ibérico (Mata y Bonet 1992, p. 133), no deriva de un hipotético modelo orientalizante, como algunos autores han supuesto, sino que procede directamente de una forma de la cerámica a mano local de la que tenemos ejemplos en la fase preibérica del Tossal del Moro (Arteaga *et alii* 1990, fig. 41, nº 184) y en el Tossal Montañés II (Moret 2001, fig. 8) entre otros. Su adaptación a la cerámica a torno está atestiguada en la fase ibérica antigua del Roquizal del Rullo (Ruiz Zapatero 1979, p. 270 y fig. 14), luego durante el Ibérico Pleno en el Tossal del Moro y en el Piuró del Barranc Fondo (Arteaga *et alii* 1990, fig. 22, nº 61 y fig. 47, 2) y, posteriormente, en San Antonio de Calaceite (Pallarés 1965, p. 66-68).

¿Qué otros yacimientos del Bajo Aragón y de la Terra Alta podemos situar en el mismo horizonte cronológico que Tossal del Moro y El Cerrao? Entre los poblados excavados por Bosch Gimpera, citaremos sin dudarlo El Piuró del Barranc Fondo, La Gessera, San Antonio (fase 1), Les Umbries, Els Castellans, El Castellar y El Vilallonc (Sanmartí 1975 y 1978; Arteaga *et alii* 1990, p. 154). En un perímetro más vasto, podemos además citar, basándonos en los descubrimientos de cerámica ática de finales del siglo V y de la primera mitad del siglo IV, La Tallada (Caspe), Torre Gachero (Valderrobres), El Taratrato (Alcañiz), El Cabo (Andorra), La Guardia (Alcorisa) y El Cabezo de Alcalá (Azaila).

Hacia el oeste, debemos mencionar las excavaciones de El Castillo de Cuarte (Zaragoza), que han proporcionado, junto con un fragmento ático del siglo V, una producción a mano de tipo ibérico parecida a la del Bajo Aragón, pero en un registro todavía más limitado, puesto que siguen en uso los cuencos a mano en vez de ser reemplazados por platos a torno (Burillo y Royo 1996). En relación con el yacimiento de Cuarte, debemos resaltar dos fenómenos, perfectamente subrayados por estos autores. La adopción de la cerámica ibérica es casi tan precoz a 160 km de la costa (Cuarte) como a 50 km (Calaceite), lo que implica la existencia de relaciones fluidas y de redes de intercambio muy activas en el valle del Ebro. En segundo lugar, la selección realizada entre el repertorio de formas de la cerámica ibérica implica una adaptación a los usos de las poblaciones locales, lo que excluye la hipótesis de la penetración de grupos de emigrantes.

Río abajo, parece que en los alrededores de Gandesa alcanzamos los límites de esta facies cerámica tan particular. Los niveles del siglo V del Coll del Moro dieron un material más variado y entreverado que el del Bajo Aragón; las ánforas características de la zona costera coexisten, por ejemplo, con las tinajas de borde plano (Rafel y Blasco 1991 y 1994). Se trata de una zona de transición entre los circuitos de intercambio del Bajo Ebro y los del Bajo Aragón.

Como remate de este breve análisis, consideramos necesario cuestionar el significado y el contenido de la noción de "iberización" en el caso concreto del Bajo Aragón. Según una tesis bastante extendida hasta comienzos de los años noventa, la iberización de la Terra Alta y del Bajo Aragón se explicaría por desplazamientos o desdoblamientos de pueblos (Beltrán Lloris 1976, p. 394 y 411) o por "la llegada de nuevos pobladores venidos de la zona costera" (Arteaga *et alii* 1990, p. 156; idea seguida por Tramullas y Alfranca 1995, p. 279). Francisco Burillo, tras haber defendido la misma hipótesis (1987, p. 88 y 1990 a), terminó rechazándola (Burillo y Royo 1996, p. 394, Burillo en prensa) al constatar la permanencia de ciertos elementos del sustrato cultural; desde la misma perspectiva, Núria Rafel escribe a propósito del Coll del Moro que "*el canvi es produeix sobre la base d'una continuïtat cultural i de substrat*" (Rafel 1993, p. 69; cf. Beltrán Lloris 1996, p. 23). Asistimos pues, en los últimos años, a un cambio radical de las opiniones sobre este tema particularmente complejo. Intentemos resumir los cuatro elementos más esclarecedores de la cuestión en su estado actual.

1. La evolución de las prácticas funerarias, tal y como las hemos descrito anteriormente, no concuerda con la hipótesis de una ruptura profunda. Además, si hubiera habido realmente una migración de gentes venidas de la zona de la desembocadura del Ebro o de la costa norte del país valenciano, sería lógico esperar que esos iberos hubiesen introducido en el Bajo Aragón sus costumbres funerarias. Éstas se caracterizan, tanto en Mianes como en Puig de la Nau, en La Solivella o en Orleyl, por la colocación en un hoyo de una urna funeraria acompañada de un ajuar más o menos abundante (Mata 1993). Sin embargo, se produjo el fenómeno contrario. Las tumbas organizadas y provistas de un ajuar cerámico desaparecen del Bajo Aragón en el mismo momento en que algunos autores han supuesto que los iberos reemplazaban a las poblaciones indígenas, o que sobre estas últimas se ejercía con fuerza un fenómeno de aculturación ibérica. La contradicción es flagrante.

2. En cuanto a la cultura material, remito a lo dicho anteriormente sobre las formas y las funciones de la cerámica.

3. La arquitectura, en el siglo V, está marcada por el signo de la simplicidad y la continuidad. La concepción de hábitat concentrado sigue fiel a la tradición de poblado cerrado que se había creado varios siglos antes en el valle del Ebro (López Cachero 1999). No existe ninguna diferencia fundamental entre el plano de un poblado de comienzos del siglo VI, como San Cristóbal o Tossal Redó, y el de un poblado de finales del siglo V, como Tossal del Moro, El Cerrao o San Antonio I. Su tamaño no es mayor; las técnicas de construcción son las mismas; las dimensiones y la forma de las casas se mantienen en la misma escala.

La arquitectura defensiva se caracteriza igualmente por la continuidad, aun cuando repetidamente se haya afirmado que en este ámbito se produce una ruptura significativa. Se ha fechado en el siglo V, como si se tratara de una novedad radical en la región, la aparición de un "nuevo tipo de fortificaciones cuyo origen debe ser buscado en la costa mediterránea a donde llegaron por influencia de la colonización focea", y que serían manifestaciones del "proceso de introducción del iberismo" (Sanmartí 1984, p. 166 y Arteaga *et alii* 1990, p. 155-156; se encuentran hipótesis similares en Rafel y Blasco 1991, p. 297-300). Las fortificaciones en cuestión, todas provistas de torres curvilíneas, son las de Puig de la Nau de Benicarló, Tossal del Moro, Coll del Moro de Gandesa, San Antonio de Calaceite, Els Castellans de Cretas y Torre Cremada. En realidad, tales fortificaciones no constituyen una serie homogénea; ya he señalado que presentan profundas diferencias en su plano y su funcionalidad (Moret 1996, p. 107-108 y 204); y además, sus fechas de construcción se extienden a lo largo de toda la Edad del Hierro, y no hay ningún indicio que nos autorice a pensar que las del litoral precedieron a las del interior[4]. Por otro lado, el descubrimiento de la torre del Tossal Montañés (siglo VI) y la confirmación de la presencia de una torre redonda en san Cristóbal de Mazaleón (siglo VII o VI) demuestran que este tipo de obra defensiva pertenecía al patrimonio arquitectónico del Bajo Aragón mucho antes de la iberización. Para terminar, diremos que no existe ninguna fortificación realmente compleja en el Bajo Aragón durante el Ibérico Pleno.

4. La idea de una "crisis" acontecida entre 500 y 450 se apoya generalmente en el hecho de que un número significativo de poblados habrían sido abandonados o destruidos durante dicho período (Burillo 1990 a, idea retomada más tarde por otros autores). Pero los datos arqueológicos no son tan fáciles de interpretar como en un principio parece. Nada autoriza a afirmar sin matices que los incendios y las destrucciones de poblados "ocurren en un breve lapso de tiempo y de forma generalizada" a comienzos del siglo V en el Bajo Aragón y en todo el medio Ebro (Tramullas y Alfranca 1995, p. 278). La aparente proximidad de algunas fechas radiocarbónicas (*ibid.*, fig. 4) se desvanece completamente desde el momento en que procedemos a su calibración.

Los abandonos definitivos de finales del Ibérico Antiguo son, en realidad, excepcionales. No podemos citar con certeza, para yacimientos de la comarca de Matarraña ocupados en el siglo VI, más que el de San Cristóbal de Mazaleón, Roquizal del Rullo y Tossal Redó (no tomo aquí en consideración Escodines Altes y Escodines Baixes, que fueron abandonados antes del siglo VI). Por el contrario, existen en la misma zona al menos otros nueve poblados que conocieron una ocupación durante la primera Edad del Hierro y que fueron de nuevo habitados en el siglo V. En algunos casos se puede constatar un hiato prolongado entre ambas fases (Tossal del Moro); a veces, una destrucción seguida de una profunda reorganización de las estructuras (La Gessera[5], Tossal Montañés); pero en la mayoría de los casos no disponemos de ningún indicio concreto para suponer una destrucción violenta (El Cerrao, El Piuró del Barranc Fondo, El Vilallonc, Les Umbries, El Taratrato, Mas d'en Rius de Valdeltormo). A fin de cuentas, San Antonio de Calaceite es el único yacimiento de hábitat del siglo V sobre el que no se han encontrado huellas tangibles de una ocupación anterior (ver más adelante).

Podemos también señalar, para relativizar la importancia de los abandonos de poblados, que tenemos constancia de un mayor número de abandonos definitivos a mediados del Ibérico Pleno, hacia finales del siglo IV o comienzos del siglo III (Tossal del Moro, Tossal Montañés, El Cerrao, El Piuró, Mas d'en Rius), que entre el Ibérico Antiguo y el Ibérico Pleno. Estos abandonos formaban parte del *turnover* o "rotación" normal de las aglomeraciones campesinas de la Edad del Hierro. Teniendo en cuenta el pequeño tamaño de los asentamientos y la sencillez de las técnicas de construcción, resultaba ciertamente más ventajoso, tras un incendio accidental, desplazar el poblado unos centenares de metros o algunos kilómetros que reconstruirlo sobre sus ruinas.

Resumamos. En todos los ámbitos abordados —prácticas funerarias, usos de la cerámica, arquitectura, fortificaciones, organización del territorio— nos vemos abocados, a fin de cuentas, a matizar y limitar el alcance real del concepto de iberización. Los indicios de continuidad prevalecen claramente sobre los signos de ruptura.

Por mi parte, creo que lo que ha venido denominándose "proceso de iberización" no modifica sustancialmente el fondo cultural y étnico de los pueblos del Ebro. Pasada

[4]Coll del Moro tiene una fecha de construcción desconocida, probablemente anterior al siglo V; Puig de la Nau y Tossal del Moro son de la segunda mitad del siglo V; San Antonio, seguramente del siglo III; Torre Cremada se construyó hacia 100 a. C. y las demás tienen una cronología imprecisa.

[5]Mi comunicación en el presente volumen sobre Tossal Montañés y La Gessera presenta los nuevos elementos que permiten distinguir en La Gessera dos fases de construcción, una ibérica antigua y otra ibérica plena o reciente.

la efímera experiencia aristocrática del Ibérico Antiguo (Moret 2001), el siglo V enlaza con una lenta evolución comenzada hacia el siglo VIII en el Bajo Aragón que, a largo plazo, tiende a la consolidación de una sociedad rural débilmente jerarquizada. A lo largo de las primeras décadas del siglo V se producen cambios incontestables, pero conciernen principalmente a la esfera tecnológica, en concreto a la alfarería (con la generalización del torno rápido y la tipificación de formas y decoraciones pintadas), al arte de los metales (con el desarrollo de la metalurgia del hierro) y a la agricultura (con la aparición del molino rotativo, cf. Alonso 1999). Estas adquisiciones tuvieron, sin ninguna duda, importantes consecuencias económicas, pero la imagen que nos transmiten los datos arqueológicos no debe ser sobrestimada. Es cierto que la alfarería experimenta una renovación a partir de los modelos que llegan del litoral valenciano, pero ¿qué influencia ejerce ese cambio sobre los comportamientos sociales, los sentimientos de identidad, los hechos lingüísticos, las creencias religiosas, fenómenos cuya evolución escapa en gran medida a nuestra aprehensión? ¿No adoptaron también los celtíberos una parte del repertorio cerámico ibérico sin perder nada de su especificidad cultural celta?

Al reducir así el alcance y la profundidad de la iberización del siglo V, nos encontramos ante la paradójica situación de no saber en qué momento de su historia los habitantes del Bajo Aragón se convierten en iberos, en el sentido lingüístico del término. Como veremos más adelante, las excavaciones de San Antonio de Calaceite han demostrado que la lengua y la escritura ibéricas estaban en uso en la comarca del Matarraña en el siglo III, tal vez incluso desde el siglo IV. Por otro lado, la ausencia de huellas toponímicas o antroponímicas de un estrato anterior al ibero (cf. Untermann 1996) demuestra que la iberidad de dicha población es antigua. Hay pues que aceptar la evidencia: "la iberización tecnológica" del siglo V afecta, al este del Bajo Aragón, a comunidades que ya pertenecían lingüísticamente a la familia ibérica *sensu lato*.

Soy consciente de que esta proposición choca con la visión tradicional, que mantiene que las comunidades protohistóricas del valle del Ebro, portadoras de una cultura tipo "campos de urnas", serían de origen indoeuropeo (aún recientemente Ruiz Zapatero y Lorrio 1999). No pretendo aquí entrar en ese debate, pero creo que el ejemplo del Matarraña debe incitarnos a la máxima prudencia. Hay un abismo entre las tipologías cerámicas y la lengua que hablaba un pueblo. Si nos cuesta imaginar que la gente que comía en la cerámica acanalada del siglo VIII pudiera ser iberófona, es porque la práctica arqueológica ha terminado imponiendo una visión restrictiva de la identidad ibérica, fundada en criterios tecnológicos y artísticos cuya aparición es muy tardía respecto al hecho lingüístico. Del mismo modo que la unidad de lengua y creencias del mundo celta no excluye, del Rin al Duero, una gran diversidad en los modos de vida y en los modos de producción económica, en función de las condiciones del medio y de la influencia de los modelos culturales dominantes (lo que se traduce, desde el punto de vista del arqueólogo, en una diversidad de la "cultura material"), igualmente el mundo ibérico, del Guadalquivir al Hérault, debe ser considerado como un conglomerado de sociedades que experimentaron evoluciones divergentes, al mismo tiempo que compartían cierto número de caracteres comunes, entre los cuales la lengua es, para nosotros, el más fácil de identificar.

La segunda etapa: San Antonio de Calaceite

En algún momento relativamente avanzado del Ibérico Pleno se produjeron cambios importantes en las estructuras de hábitat y en la cultura material. En el Bajo Aragón, la fecha precisa de tales transformaciones es difícil de determinar. Actualmente sólo disponemos de un punto de referencia: son anteriores a la destrucción del poblado de San Antonio, que tuvo lugar, como veremos, a finales del siglo III.

En realidad, entre un siglo V caracterizado por sus numerosos "arcaísmos" y un siglo III rebosante de nuevos fermentos, existe un largo lapso de tiempo intermedio, que abarca la mayor parte del siglo IV y el comienzo del siglo III, en el que actualmente es imposible situar límites cronológicos con cierta precisión. Sólo encontramos algunas referencias después de 250, al acercarnos a la segunda guerra púnica.

Los dos yacimientos claves para comprender esta segunda etapa del Ibérico Pleno son San Antonio de Calaceite y Coll del Moro de Gandesa. En Coll del Moro, las publicaciones relativas a los niveles de ocupación del siglo III se han concentrado en el excepcional descubrimiento de un taller de tratamiento del lino (Rafel *et alii* 1994), y no disponemos aún de una visión de síntesis sobre la facies material del período. Me centraré pues aquí en el caso de San Antonio. La información que se puede extraer de las excavaciones exhaustivas de este yacimiento tan emblemático de la arqueología del Bajo Aragón es tan abundante que sería imposible examinar todos sus aspectos. Mi contribución se limitará a dos puntos: una corrección parcial del plano del yacimiento y precisiones concernientes a su cronología.

El único plano que existe del poblado de San Antonio lo realizó el arquitecto J. Gudiol para Bosch Gimpera hacia 1919, al final de las excavaciones, y fue publicado por primera vez en 1929 con ocasión del IV Congreso internacional de arqueología (Bosch Gimpera 1929). Reproducido más tarde decenas de veces de forma más o menos simplificada, no ha sido nunca mejorado. Pero contiene errores. La zona reproducida con mayor fidelidad es el barrio bajo, con excepción de la torre cuyo plano se encuentra ligeramente deformado. Las imprecisiones son más numerosas en el barrio alto, donde las verificaciones que he podido hacer en las dos torres del flanco oeste (departamentos 29 et 81) revelan importantes distorsiones. El plano que propongo aquí (fig. 4) contiene esas correcciones puntuales, pero sería deseable proceder, de forma exhaustiva, a un nueva planimetría de los vestigios, en la línea del trabajo de

Fig. 4. Plano del poblado de San Antonio (Calaceite, Teruel) según Bosch Gimpera 1929 y 1965 (en Pallarés), con modificaciones en la torre curvilínea (línea de puntos: trazado de Bosch Gimpera) y en los departamentos A, B, 29 y 81. Muros negros: fase 1; muros grises: fase 2 o cronología incierta. Los números entre paréntesis son los de Cabré 1984.

revisión realizado hace varios años en El Taratrato de Alcañiz (Burillo 1982).

En cuanto al material y a la cronología del poblado, aparte de los breves informes de Cabré (1908, 1984) y de Bosch Gimpera (1923, 1931), sólo existe una pequeña monografía ya antigua (Pallarés 1965) que, aunque incompleta y de mediocre calidad, tuvo en su tiempo el mérito de dar a conocer una parte del material cerámico conservado en Barcelona, así como de publicar *in extenso* el diario de excavaciones de Bosch Gimpera (sin reproducir, desgraciadamente, una parte de los croquis que acompañaban el texto, lo que dificulta la comprensión de algunos pasajes). Más importantes fueron las contribuciones ceramológicas de E. Sanmartí (1975, p. 102-111) y de P. Rouillard (1991, *Inventaire*, p. 372-374), sin las cuales el siguiente análisis no hubiera sido posible.

Ya en 1916 Bosch Gimpera se dio cuenta de que existían dos fases de construcción en San Antonio; la más antigua limitada al barrio alto, la segunda constituida por un barrio bajo protegido por una torre monumental y algunas transformaciones en el barrio alto (Bosch en Pallarés 1965, p. 129 y 139-140). Existen, en efecto, considerables diferencias entre esos dos barrios, tanto en el tamaño de las casas como en la regularidad de los planos y en la calidad del aparejo de los muros (*ibid.*, p. 128-129; en lo concerniente a las fortificaciones, cf. Moret 1996, p. 423-425). Todo esto es incuestionable, pero las cosas se complican en cuanto pretendemos fechar ambas fases.

Bosch Gimpera, en su última aclaración sobre el tema (en Pallarés 1965, p. 139-140), sitúa la primera fase en el siglo V, sin pronunciarse sobre la cronología de la segunda, que con anterioridad había fechado en el siglo III, con un posible comienzo a finales del siglo IV (1923, p. 663), y vincula la destrucción final del poblado a la campaña de Catón en 195. E. Sanmartí, después de su revisión del material de importación, sitúa el comienzo del poblado en el siglo VI (1975, p. 116) y su ampliación en el siglo V (1984). Por añadidura, las escasas indicaciones útiles que Cabré y Bosch proporcionan al respecto, demuestran, como veremos, que se encontraron vasos áticos de los siglos IV y V en el "barrio nuevo" así como cerámica campaniense e incluso sigillata en el "barrio antiguo".

Merece la pena reconsiderar el asunto, a pesar de dos obstáculos que reducen las posibilidades de interpretación de los datos de las antiguas excavaciones. El primero es que sólo existe un borrador parcial del inventario del material que normalmente acompañaba los diarios de excavación de Bosch Gimpera. Así pues, rara vez resulta posible atribuir a un lugar preciso, y todavía menos a un estrato concreto, los vasos conservados. El segundo obstáculo es que varios de los vasos importados más interesantes han desaparecido. Paradójicamente, son las descripciones de Cabré, cuyas excavaciones fueron, sin embargo, menos cuidadosas y menos científicas, las que han permitido reunir la mayor cantidad de nuevos elementos, particularmente gracias a sus fotografías y dibujos. En cuanto al material conservado en el Museo Arqueológico de Cataluña, me he basado en los estudios ya citados de Rouillard para la cerámica ática y de E. Sanmartí, para las importaciones más recientes (con algunas ligeras correcciones cronológicas que los recientes progresos de los estudios sobre la cerámica de barniz negro han hecho necesarias).

El cuadro de la figura 5 sintetiza los resultados obtenidos que, en grandes líneas, confirman las proposiciones de Bosch Gimpera. Como resulta imposible, en el espacio de esta ponencia, comentarlos detalladamente, me limitaré a hacer algunas consideraciones generales. En primer lugar, no me parece posible remontar el origen del poblado hasta el siglo VI. Tal fecha se funda exclusivamente en el descubrimiento (sin contexto estratigráfico claro) de dos objetos metálicos: un broche de cinturón de bronce con un solo garfio y una fíbula de doble resorte (Sanmartí 1975, p. 116, basándose en Bosch 1923, fig. 503 y 507). F. Burillo (1987, p. 89) objetó con razón que la fíbula podía ser más reciente, y que, ante la falta de cerámica a mano de tipología antigua, el testimonio aislado que aportaba el broche de cinturón era insuficiente para justificar la existencia de una fase protoibérica. Los muros con ortostatos no son tampoco un criterio definitivo de antigüedad, como confirmaron recientemente las excavaciones de El Cerrao.

Fundado en el siglo V, el poblado está compuesto en un primer momento por una treintena de casas situadas a ambos lados de una calle central en lo alto de la colina, con una superficie aproximada de 2000 m² (fig. 4). Está defendido por una muralla no muy gruesa y probablemente por dos torres cuadrangulares[6]. Fue habitado sin interrupción y sin grandes modificaciones hasta el momento, de difícil datación, en que el tamaño del poblado aumentó considerablemente (pasando a ocupar 2900 m²) gracias a la construcción de un nuevo barrio, compuesto por 8 o 9 casas de mayor tamaño y de una torre monumental, al mismo tiempo que se realizaban modificaciones en el barrio alto que siguió estando habitado. Es muy difícil precisar cuando comenzó esta segunda fase, ya que las cerámicas importadas cuyo lugar de descubrimiento conocemos se encontraron todas en el nivel de destrucción final, y no en los niveles de construcción o de preparación de nuevas construcciones. A falta de más datos, me fiaré del indicio proporcionado por la calidad excepcional del aparejo poligonal de los muros de la torre monumental para proponer una fecha de construcción relativamente

[6]Pueden identificarse como torres rectangulares los departamentos 29 y 81 en el lado oeste del poblado. Las otras torres, cuya existencia suponía F. Pallarés (1965, p. 48 y lám. II) no existen realmente sobre el terreno. En un primer momento, no tuve en consideración más que una torre, la del departamento 81 (Moret 1996, p. 424). El departamento 29 no había llamado la atención de Pallarés, ni la mía, a causa de las distorsiones del plano de Gudiol (*in* Pallarés 1965, lám. I). La rectificación (fig. 4) muestra que sus proporciones se acercan a las del departamento 81.

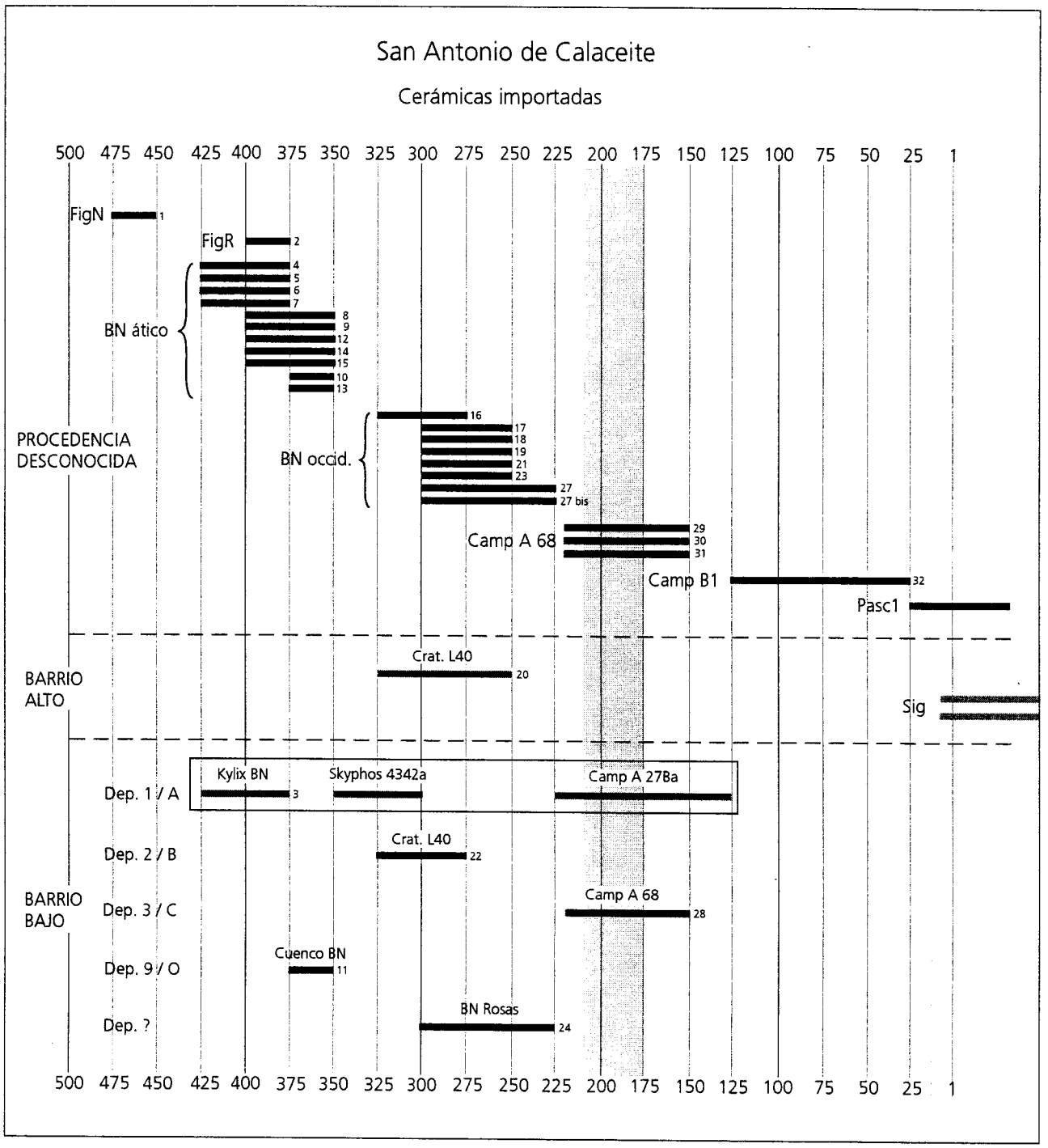


Fig. 5. Datación de la cerámica importada del poblado de San Antonio de Calaceite. Los trazos horizontales indican la horquilla cronológica atribuida a cada vaso. En negro, vasos o fragmentos conservados (con su número de orden en Sanmartí 1975); en gris, vasos perdidos conocidos por las menciones o ilustraciones de Cabré y de Bosch Gimpera. La banda grisácea vertical indica el momento posible de la destrucción del poblado; en el recuadro, los tres vasos hallados juntos en el sótano del departamento 1. BN: barniz negro; FigN: figuras negras; FigR: figuras rojas; Camp: campaniense.

tardía, probablemente a lo largo del siglo III[7].

El incendio de una parte del poblado y su abandono se producen seguramente entre los alrededores de 200 y el comienzo del siglo II, basándonos en la datación de los vasos de Campaniense A más recientes: cuatro copas de forma Morel 68 y una de forma 27 Ba (sobre la cronología de estas formas, ver Principal 1998, p. 123 y 130, y Arasa 2001, p. 196). Algunos vasos más recientes, concretamente dos fragmentos de cerámica sigillata encontrados en los departamentos 38 y 59 del barrio alto (Bosch en Pallarés 1965, p. 121 y 123) y un fragmento de ánfora Pascual I (Pallarés 1965, nº 147) indican simplemente una frecuentación episódica o residual.

Si admitimos que se trata de una ampliación del siglo III, faltaría por explicar la presencia de cerámicas de los siglos V y IV en el barrio bajo. La solución se encuentra en el departamento 1 de Cabré (A de Bosch), excavado en 1903. Cabré encontró sobre "una pilastra de mampostería de 1,20 m de altura" tres vasos "de los conocidos comúnmente por griegos o etruscos" (1908, p. 220), probablemente completos (las reconstrucciones de Cabré muestran algunos vacíos, sin duda porque su técnica de excavación no permitía la recuperación de los fragmentos más pequeños). Podemos identificar esos vasos, actualmente perdidos, gracias a los dibujos y fotografías que nos dejó Cabré (1984); Sanmartí identificó el primero, pero no mencionó los otros dos.

1. Copa ática de barniz negro (Cabré 1984, fig. 9.1 y 11), fechable "hacia 400" (Rouillard 1991, *Inventaire*, p. 372) o en algún momento indeterminado del siglo V (Sanmartí 1975, p. 103, nº 3, que la atribuye erróneamente al departamento 4).

2. Skyphos del tipo 4342a de Morel (1981, p. 308), fácilmente reconocible gracias a las ilustraciones de Cabré 1984 (fig. 7, 9.3 y 11). La producción de este tipo de skyphos abarca la segunda mitad del siglo IV.

3. Copa de Campaniense A, forma 27 Ba, decorada con cuatro palmetas radiales (Cabré 1984, fig. 9.2; visible también en una foto de conjunto en Beltrán Lloris 1996, fig. 5, entre los vasos colocados sobre la mesa). A falta de información sobre la pasta y la decoración, sólo podemos proponer una horquilla cronológica amplia, entre 225 y 115.

La cronología de esos tres vasos abarca pues, al menos, dos siglos y medio y, sin embargo, los tres estaban en uso cuando se produjo la destrucción del poblado, cuidadosamente guardados unos al lado de otros en el sótano de una vivienda. Podemos suponer que formaban parte del patrimonio de la familia que vivía allí, un patrimonio reunido probablemente a través de varias generaciones. Un caso como éste debería hacernos reflexionar sobre la significación cronológica de los vasos de importación encontrados en contextos de hábitat. No se trata de un caso aislado, conocemos otros ejemplos de perduración prolongada del material cerámico valioso en hábitats del Levante ibérico como Puntal dels Llops o San Miguel de Liria (Bonet 1995), así como en varias necrópolis del Sudeste (García Cano 1999).

La confirmación de la fecha de abandono alrededor de 200 es importante, pues nos da el *terminus ante quem* de la aparición de una serie de fenómenos que conocerán un importante desarrollo en los siglos II y I y que son los siguientes:

- La diversificación de las formas de la cerámica ibérica regional, concretamente a través de las imitaciones más o menos libres de algunas formas de la cerámica de barniz negro, como la escudilla, el skyphos, la copa de pie alto o el craterisco (Pallarés 1965, p. 61-70).
- La aparición en dicha cerámica de representaciones pictóricas zoomorfas y antropomorfas. San Antonio representa un punto de referencia particularmente importante, pues significa que la pintura figurativa de Azaila es el resultado de una evolución de un siglo y medio que tuvo como marco el Bajo Aragón, e implica también que el nacimiento de esta pintura es tan antiguo en esta región como en la zona de Liria (cf. Bonet 1995).
- La aparición de la escritura, tal vez desde el siglo IV. Un cuenco ático de barniz negro lleva, en efecto, una letra grabada en forma de aspa, probablemente una *ta* ibérica (Sanmartí 1975, p. 104, nº 9). Por otra parte, un grafito ibérico, leido "]ukunban", fue hallado en un fragmento de enlucido mural adherido a un adobe del nivel de destrucción del departamento 4 (Cabré 1984, p. 22). Este caso de inscripción mural es único en el mundo ibérico.
- La aparición probable de estelas decoradas del tipo bajoaragonés. Bosch Gimpera encontró un fragmento de una de ellas, decorado con lanzas, en 1916 en la ladera este, más abajo del poblado, entre los restos de cerámicas y adobes arrastrados por la erosión (1923, p. 663). Rara vez se ha tenido en cuenta este descubrimiento. De hecho, actualmente se atribuye una cronología más tardía, entre el siglo II y el siglo I, a esas estelas (síntesis recientes en Beltrán Lloris 1996 e Izquierdo y Arasa 1999). No hay sin embargo ningún argumento convincente para negar su aparición antes del siglo II. Buena parte de los temas iconográficos que componen la ornamentación de las estelas ya existían en las pinturas de

[7]Los paralelos correctamente datados son escasos para este tipo de aparejo (Moret 1996, p. 90). En un primer momento sugerí fechar hacia el siglo IV las torres de San Antonio, Torre Cremada y Foios (*ibid.*, p. 108), pero las excavaciones revelaron una cronología mucho más tardía para Torre Cremada, hacia 100 a. C. (Moret *et alii* 1997). En cuanto a la Torre de Foios, la reciente propuesta de datación en el siglo VI o V (Gil-Mascarell *et alii* 1996, especialmente p. 243) carece de justificación estratigráfica. Los sondeos realizados en el interior de la torre no encontraron más que niveles modernos; el único argumento esgrimido es la presencia de algunas cerámicas del Ibérico Antiguo en niveles superficiales revueltos (*ibid.*, p. 225, cuadro I) que no están estratigráficamente relacionadas con la construcción o la ocupación de la torre. Por otro lado, se encuentra en el yacimiento cerámica campaniense y cerámica gris de la costa catalana. Teniendo todo ello en cuenta, no deberíamos descartar sin más la posibilidad de una construcción de la Torre de Foios en el siglo III a. C.

los vasos de San Antonio; tenemos concretamente el caso de los caballos, que aparecen estilizados de forma análoga en varios fragmentos de cerámica de San Antonio (Pallarés 1965, p. 85-86), en una estela de El Acampador de Caspe y en dos estelas del Camino de Santa Ana, encontradas a sólo unos centenares de metros de San Antonio (Beltrán Lloris 1996, fig. 170, 171 y 175). En cuanto a la significación y a la función de dichos monumentos, se trata de un asunto que nos llevaría demasiado lejos y en el cual no puedo aventurarme aquí.

Es extremadamente difícil determinar qué otros yacimientos de la comarca del Matarraña conocieron una ocupación en el siglo III. A falta de excavaciones estratigráficas, la existencia de muros de aparejo regular y de imponentes fortificaciones son indicios insuficientes, pues las excavaciones de Torre Cremada (Moret *et alii* 1997) demostraron que torres monumentales muy semejantes a la de San Antonio se seguían construyendo hacia 100 a. C. La única referencia fiable sería la presencia de cerámica de barniz negro de los talleres de Rosas, de Pequeñas Estampillas o Campanienses antiguas. Según el inventario de Jordi Principal (1998), los únicos yacimientos del Bajo Aragón y la Terra Alta en los que se han encontrado vasos de esas categorías son Coll del Moro, La Gessera, San Antonio y Azaila. Constituye pues un balance bastante pobre. Volveremos a hablar más adelante sobre la posible significación de dicha escasez de asentamientos datables en el siglo III.

La ocupación y la organización del territorio

Las recientes investigaciones realizadas alrededor de Valdeltormo han confirmado que el poblado fortificado no era la única forma de hábitat existente en el Bajo Aragón en el Ibérico Pleno. Gracias a los sondeos y prospecciones efectuadas se han podido identificar, en un radio de trescientos metros alrededor del poblado del Cerrao, tres pequeños asentamientos rurales ibéricos, probablemente contemporáneas de éste.

- Por encima del poblado, en una colina más elevada (fig. 2, zona E), se encontraba un pequeño grupo de estancias que lindaban con un cercado, conjunto que ocupaba una superficie de 400 m². No parece que esos edificios, de modestas proporciones, tuvieran una función defensiva. Un sondeo puso al descubierto algunos fragmentos de cerámica ibérica.
- Al pie de la ladera, en la zona H, una concentración de tiestos de cerámica ibérica ocupa un área de aproximadamente 300 m², al lado de un tramo de muro probablemente antiguo. Se trata seguramente de otro hábitat secundario.
- En el Tossal Montañés, 300 m al norte de El Cerrao, tras la destrucción de la torre aislada del Ibérico Antiguo (Moret 2001), se construyeron en el siglo V varias casas de planta cuadrangular, en un sector hasta entonces virgen. Este hábitat sin fortificar abarca una superficie de 650 m² aproximadamente. De las excavaciones de 1999 se extrajo abundante material cerámico, casi idéntico al de El Cerrao, lo que nos lleva a afirmar la contemporaneidad de ambos asentamientos.

En un radio más amplio, algunos poblados más pequeños que El Cerrao ocupaban una posición similar en las márgenes del valle: Vall d'en Jorba y Mas d'en Rius en la misma orilla, La Miraveta de Cretas en la orilla opuesta del Matarraña (Moret y Benavente 2000).

A la vista de estos descubrimientos, el Ibérico Pleno aparece como un período de fuerte expansión demográfica en el que se organiza una red de poblados y habitaciones rurales densa y bien estructurada (fig. 6 y 8, B). Podemos distinguir tres niveles: el primero está constituido por unos pocos poblados grandes, de al menos 3000 m², como El Cerrao, en Valdeltormo, San Antonio (fase 2), en Calaceite o El Mirablanc, en Valjunquera. Aunque conozcamos mal su organización general, Coll del Moro de Gandesa debería incluirse en esta categoría, así como Els Castellans, en Cretas (Burillo 1991, p. 49), Torre Gachero, en Valderrobres y Alcañiz el Viejo. El segundo nivel estaría formado por poblados de 1000 a 2000 m² cuyos ejemplos más conocidos son El Tossal del Moro, San Antonio (fase 1), El Piuró del Barranc Fondo y El Tossal Redó. Las novedades conciernen al tercer estadio, constituido por hábitats aislados —simples granjas o caseríos— que no podían albergar más que a un pequeño número de familias y que se construían en la llanura o en posiciones no dominantes. En el Matarraña sólo se han identificado en la periferia de El Cerrao, pero es probable que existieran por todas partes. El edificio descrito por Bosch como un "*lloc de vigilància*", al pie del cerro de San Antonio de Calaceite, cerca de la tumba del Cap de la Vall de Bayo (Bosch Gimpera 1931, p. 80), era sin duda una simple casa rural. Habría que reconsiderar también el caso del "*poblat petit*" de Tossal Redó, que Bosch interpretó como "*el precedent del poblat más gran del cim del Tossal Redó*" (Bosch Gimpera 1923, p. 647). En realidad, el diario de excavación inédito del año 1918, conservado en el Museo Arqueológico de Cataluña, indica en la página 363 que había fragmentos de cerámica a torno ibérica en uno de los departamentos del Poblat Petit, en una capa de tierra negruzca, probablemente una capa de destrucción. Podría pues tratarse de un hábitat secundario contemporáneo del poblado grande de Tossal Redó. Sabemos asimismo que existían pequeños hábitats sin fortificar cerca de Alcañiz, en el valle del Regallo (Benavente 1984).

La imagen tradicional de una ocupación del territorio que se limitaría a una red de poblados situados en alturas, más o menos fortificados, a la que yo mismo me había adherido en cierta medida (Moret 1996), debe ser discutida a la luz de las observaciones realizadas en otras regiones del mundo ibérico del noreste (por ejemplo en el Empordà, alrededor de Ullastret, Plana y Martín 2000). Existía sin duda por doquier un entramado intermedio de granjas y caseríos, generalmente difíciles de localizar hoy sobre el terreno debido a los efectos destructores de las prácticas agrícolas modernas.

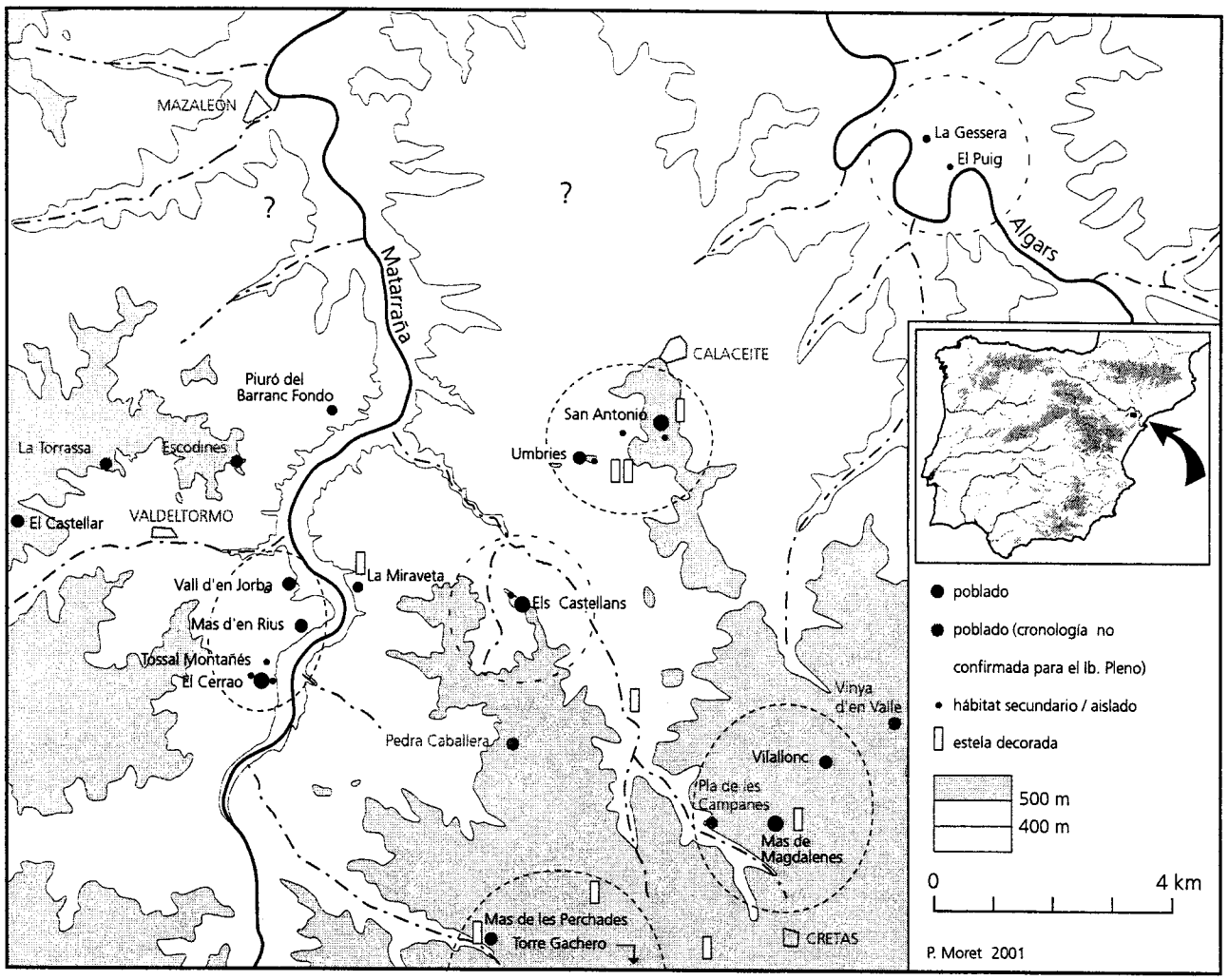


Fig. 6. Asentamientos del Ibérico Pleno (siglos V a III a.C.) alrededor de Calaceite. Círculos de puntos: zonas con mayor concentración del hábitat.

La complejidad de este cuadro complica todavía más la tarea de reconstituir los patrones de asentamiento. Como hipótesis, podríamos distinguir en el este del Bajo Aragón núcleos de población densa de una decena o quincena de kilómetros cuadrados, separados por zonas de 2 a 4 km de anchura menos habitadas (fig. 6). Cada uno de esos núcleos parece estar compuesto por un número variable de pequeñísimas aglomeraciones que reunirían como máximo entre diez y veinte familias nucleares. En algunos casos, a partir del siglo V, surge un poblado más grande, sin que ello conlleve el abandono de los pequeños asentamientos. Este esquema aparece con mayor claridad en el triángulo Calaceite-Valdeltormo-Cretas, es decir, en la zona del valle del Matarraña en que más prospecciones se han llevado a cabo. Podemos así distinguir, en el eje central del interfluvio, un núcleo mayor alrededor de Calaceite, así como una segunda concentración más al sur, en los alrededores de Vilallonc; en el triángulo delimitado por el Barranc de Calapatà y el Matarraña, Els Castellans pudo cumplir un papel semejante. En las márgenes del valle, el núcleo mejor documentado es actualmente el del sur de Valdeltormo, entre Vall d'en Jorba y El Cerrao, pero se puede suponer la existencia de otros entre Valdeltormo y Mazaleón.

Dicho esto, conviene no sobrevalorar la jerarquía de los asentamientos ibéricos del Bajo Aragón tal y como acaba de quedar brevemente descrita. No debemos considerar los asentamientos que componen la categoría superior ni como capitales políticas, ni como aglomeraciones protourbanas (véase sobre este tema las acertadas advertencias de Burillo 1987, p. 89). Se trata de poblados modestos, carentes de barrios o de edificios diferenciados que realicen funciones particulares o especializadas. En el siglo V, y aún sin duda en el siglo IV, su plano no difiere fundamentalmente del de los poblados de categoría inferior. Son simplemente un poco más grandes debido a razones que pueden ser puramente coyunturales, en función de los avatares demográficos propios de cada comunidad campesina (compuestas probablemente por un pequeño número de familias extensas). En este campo, la comparación con ejemplos etnográficos modernos demues-

tra que en las sociedades segmentarias que viven en aldeas, sin estructuras de poder jerarquizadas y concentradas, el tamaño de las aldeas es un factor que carece de significación política; dicho en otros términos, el hecho de que un poblado sea dos veces mayor que otro, no implica una relación de dominio.

En el siglo III podemos observar una modificación bastante marcada de los patrones de asentamiento, en evidente correlación con las evoluciones arquitectónicas y urbanísticas de las que hemos hablado anteriormente. Hemos visto que los hábitats que pueden fecharse con certeza en el siglo III no abundan en la comarca del Matarraña. Es indudable el abandono de varios poblados (El Cerrao, Tossal Montañés, Tossal del Moro, El Vilallonc, Piuró del Barranc Fondo) en una fecha que podemos situar entre finales del siglo IV y mediados del siglo III. Por otro lado, hasta el día de hoy no tenemos constancia de ninguna nueva fundación a lo largo de este período: como mucho podemos señalar la construcción de un nuevo barrio en San Antonio. Se da pues una recomposición de la red de poblados, y los que subsisten parecen ser menos numerosos.

Además, todo parece indicar que en la segunda mitad del siglo III el poblado de San Antonio ocupa un lugar aparte en el sector del interfluvio Matarraña/Algars. No se trata evidentemente de una capital, ya que su superficie sigue siendo muy pequeña (14 veces menor que Castellet de Banyoles), y sus muros no podían albergar a más de 200 o 300 personas. Pero hay varios indicios que nos llevan a pensar que dicho poblado había adquirido en aquella época un rango preeminente. Tenemos, en primer lugar, su excepcional emplazamiento, visible desde cualquier lugar a más de 10 km a la redonda, y dominando el paisaje de valles y pequeñas colinas que se extiende entre ambos ríos. En segundo lugar, hay que considerar la importancia de la reestructuración del hábitat (fig. 4). Sorprende ante todo el gran tamaño de las casas del nuevo barrio: no sólo ocupan por término medio una superficie dos veces mayor que las casas de la fase antigua, llegando a medir entre 63 m^2 y 111 m^2, sino que se trata además, al menos en la parte este del barrio bajo, de casas de dos pisos, de las que sólo conocemos los sótanos y cuya superficie habitable, por lo tanto, podía fácilmente superar los 150 m^2. La fortificación del siglo III, con su torre curvilínea monumental, resulta también excepcional; dicha torre, por otra parte, servirá de modelo para otras edificaciones (Castellans, La Tallada, Torre Cremada) durante los dos siglos siguientes, prueba de que esta singular construcción, sin paralelos conocidos en la arquitectura militar ibérica, se había convertido en una especie de símbolo de identidad para los iberos del Bajo Aragón oriental. Por último, la concentración de un importante número de estelas decoradas alrededor del yacimiento de San Antonio no puede ser fruto del azar. Evidentemente, a finales del siglo III San Antonio no es un yacimiento protourbano, pero es sin duda un espacio de poder en el que probablemente vivían las familias más influyentes de la comarca.

A semejanza de San Antonio, otros poblados ibéricos adquirieron en el siglo III un estatus de cabecera a escala local (fig. 7). Estos pequeños centros, separados por distancias de 12 a 20 km, parecen organizarse en función de dos ejes de comunicación este-oeste: al norte, Coll del Moro, San Antonio, Les Talayes (?), Alcañiz el Viejo; un poco más hacia el sur, Torre Gachero, Mirablanc, Monte Catma (?) y La Guardia. Fuera de esos ejes preferentes, la comarca de Caspe parece haber conocido un desarrollo importante, a pesar de la incertidumbre cronológica sobre el inicio de algunos yacimientos como La Tallada o La Caraza. El descubrimiento de varias estelas decoradas en las proximidades de algunos de los yacimientos que acabo de mencionar (San Antonio, Torre Gachero, La Caraza, La Tallada) parece confirmar su estatus privilegiado. Las estelas, en tanto que vehículos de una ideología aristocrática y guerrera (Quesada 1994), estaban necesariamente ligadas a las elites locales, y su presencia en la periferia de una aglomeración permite identificarla como un espacio de poder, tal como, acertadamente, ha señalado Eduardo Galán (1994, p. 104). Es verdad que no todas las estelas son contemporáneas; en el caso de El Palau de Alcañiz se trata sin duda de un fenómeno más reciente (siglos II/I), pero en el sector de San Antonio podemos vincular las más antiguas al establecimiento de un poder político local fundado en valores aristocráticos desde antes de la conquista romana.

La red territorial así restituida, sigue comportando grandes vacíos. Algunos proceden evidentemente de lagunas de la investigación, pero es también posible que hayan existido zonas vacías o muy débilmente pobladas en los valles bajos del Matarraña y el Algars, zonas más áridas que el sector de Calaceite y apartadas de las principales vías de comunicación terrestres.

La evolución que acabo de esbozar para el Bajo Aragón oriental es mucho más gradual y limitada que la que afecta al sector ilercavón del bajo valle del Ebro en la misma época (fig. 7). En la Ribera d'Ebre, J. Noguera (1998) puso perfectamente en evidencia la emergencia de un *oppidum*-capital en Castellet de Banyoles, alrededor del cual gravitaba un pequeño número de establecimientos secundarios de difícil caracterización. Indicios cada vez mayores autorizan a otorgar el rango de urbe a esta aglomeración de más de cuatro hectáreas (ver en este mismo volumen la ponencia de D. Asensio *et alii*). Cerca de la desembocadura, las fuentes literarias permiten identificar un segundo centro protourbano: *Hibera*, presentada en 216 como "la ciudad más rica de esta región" (Tito Livio, XXIII, 28, 9-10). Las indicaciones de Livio obligan a situar dicha urbe en la orilla derecha del Ebro; debía pues encontrarse al lado de Amposta, y no en el emplazamiento de la futura *Dertosa*. Los territorios gobernados por ambas capitales (para Castellet de Banyoles, la Foia de Mora; para *Hibera*, el Montsià y una parte del Bajo Ebro) recubrían sin duda la mayor parte del área étnica de los ilercavones. La frontera entre estos dos territorios políticos se situaba probablemente en la garganta del Ebro, del lado de Benifallet, bajo el control de dos enclaves fortificados ibéricos, Castellot de la Roca Roja y Coll de Som (*cf.* Noguera 2000).

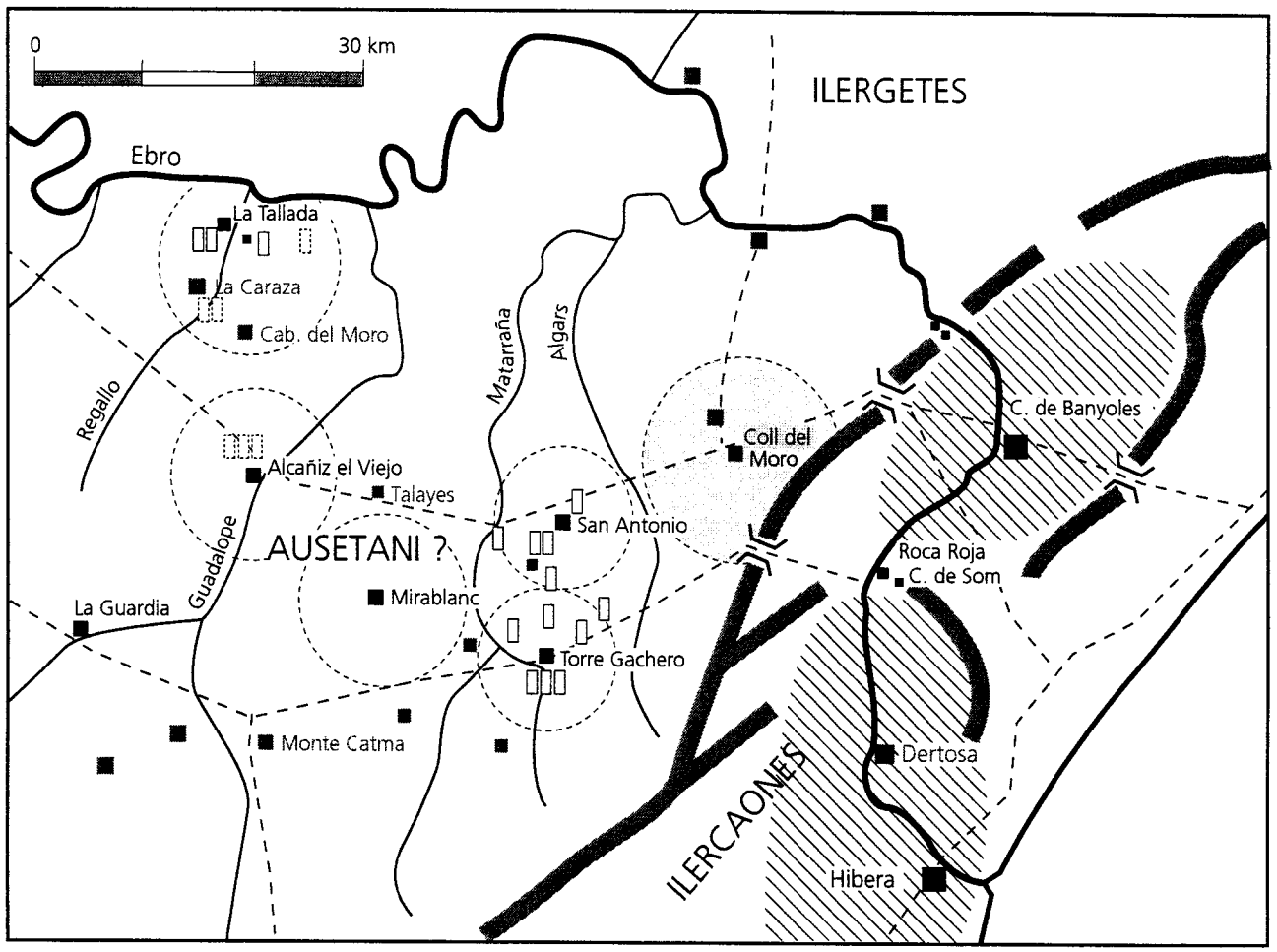


Fig. 7. Mapa esquemático del Bajo Ebro al final del siglo III a.C., con propuesta de localización de los territorios políticos. Cuadrados grises: asentamientos de cronología incierta. Rayas oblicuas: territorios respectivos de las ciudades ilercavones de Castellet de Banyoles e *Hibera*. Círculo gris: área de transición controlada por Coll del Moro. Círculos blancos: áreas territoriales aproximadas de los principales asentamientos "ausetanos del Ebro". Rectángulos blancos: estelas del grupo bajoaragonés (con el contorno punteado: estelas seguramente posteriores a la conquista romana).

El problema de la frontera étnica

El valle del Matarraña, hoy tierra de frontera lingüística y administrativa, se ha atribuido sucesivamente a diversas tribus prerromanas (edetanos, ilercavones y ausetanos del Ebro), como si las fluctuaciones de la frontera medieval, así como las reivindicaciones culturales modernas, se hubieran proyectado, de forma más o menos consciente, sobre el pasado ibérico de esta zona de fronteras. Para complicar aún más el debate, la concentración de las investigaciones arqueológicas de principios del siglo XX en el intefluvio Matarraña-Algars ha dejado la engañosa impresión de una ruptura de los patrones de asentamiento al oeste del Matarraña, ya que la alta densidad de los yacimientos alrededor de Calaceite contrastaba con su aparente rareza en el interfluvio Matarraña-Guadalope. Sobre tales premisas erróneas se han construido las hipótesis territoriales y étnicas que estuvieron en boga durante la mayor parte del siglo XX. Debemos hoy reexaminar la cuestión a la luz de los conocimientos adquiridos recientemente sobre la ocupación ibérica en la parte central del Bajo Aragón (fig. 8).

Como ha señalado con acierto Francisco Burillo en un importante artículo cuya publicación, desgraciadamente, se ha retrasado (Burillo, en prensa), la idea de una frontera entre los ilercavones y los sedetanos que pasaría por el Matarraña y que estaría protegida por el lado ilercavón por las fortificaciones de los poblados ibéricos de Mazaleón, Calaceite y Cretas, no es de Bosch Gimpera, sino de Salvador Vilaseca. Retomada por F. Pallarés (1965) y por G. Fatás (1973), la tesis fue desarrollada y argumentada en todos sus detalles por E. Sanmartí (1984). Según este autor, en el siglo V se habría creado una red de "satélites defensivos" (Els Castellans, Torre Cremada, Mirablanc, Les Talayes, El Castellar) en la frontera occidental de la Ilercavonia, al oeste de San Antonio de Calaceite, con lo que este poblado habría adquirido, a partir de entonces, un estatuto de "capitalidad" (fig. 8, A). Se han formulado ya varias objeciones contra este modelo teórico. Se ha subrayado que la modesta superficie del poblado de San Antonio (aproximadamente 2000 m² en el siglo V) era poco compatible

con un papel tan preeminente, y que no era probable una ocupación de San Antonio en el siglo VI a la vista del material encontrado en las excavaciones (Burillo 1987, p. 89). Pero, sobre todo, la idea de una iberización que, a partir de Calaceite habría progresado hacia el oeste durante el siglo V, resulta insostenible desde que recientes investigaciones han demostrado que no había ningún desfase cronológico entre los yacimientos ibéricos antiguos de la orilla izquierda del Matarraña y los del interfluvio Matarraña-Algars. Recordemos, por añadidura, que en el siglo V el poblado de El Cerrao es dos veces más grande que el de San Antonio.

Desde otro punto de vista, tampoco es posible seguir afirmando que "la cultura ibérica del Bajo Aragón oriental pertenece al área ilercavona" basándose en la "semejanza de la cultura material" (Sanmartí y Padró 1978, p. 157). Muy al contrario, el empobrecimiento del repertorio cerámico ibérico al oeste del Coll del Moro de Gandesa, la ausencia de ánforas ibéricas, y otras características de la cultura material que enumeraremos más adelante, obligan a diferenciar claramente las poblaciones del Bajo Aragón de las del Bajo Ebro y de la región costera.

Bien considerado, la propuesta que mejor refleja las realidades arqueológicas es la de F. Burillo (en prensa), que retoma, modificándola en algunos puntos, una hipótesis de P. Jacob (1988). Ambos autores suponen que el etnónimo latinizado *Ausetani* pudo designar en algunas fuentes, especialmente en Livio, dos pueblos diferentes:

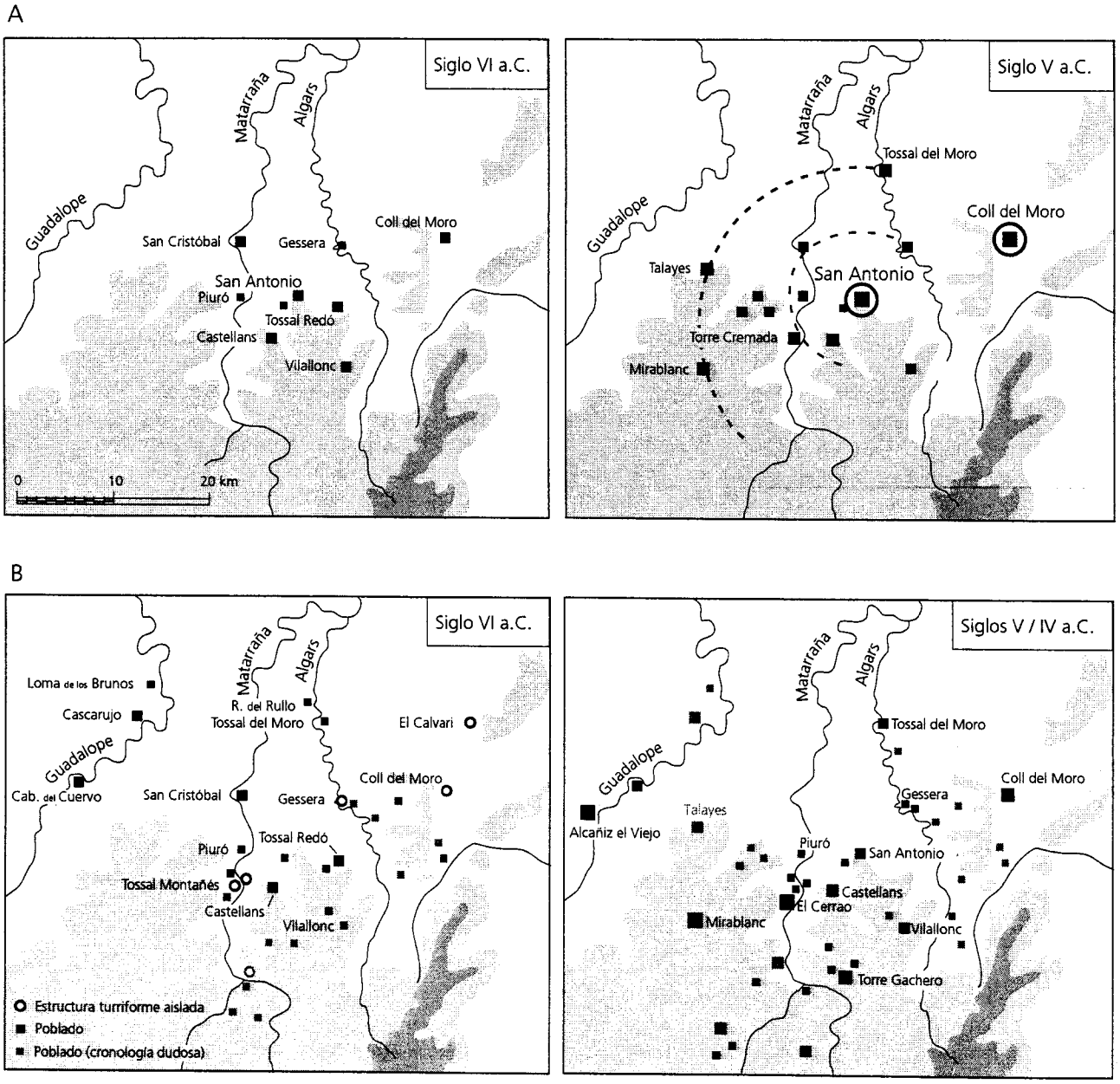


Fig. 8. Evolución de los asentamientos en la cuenca media del Matarraña, del siglo VI al siglo IV a.C., según E. Sanmartí 1984 (A) y según los datos actuales (B).

por un lado los ausetanos de *Ausa* (Vic), establecidos en la comarca de Osona, y por otra parte, los "ausetanos del Ebro", instalados en la orilla derecha del Ebro en el Bajo Aragón, entre los sedetanos y los ilercavones. Sería demasiado largo exponer y analizar detalladamente los argumentos filológicos de Jacob y Burillo (se puede encontrar un breve resumen en Quesada 2000, con interesantes perspectivas sobre un posible vínculo entre las dos tribus homónimas). Lo que importa retener es que, a diferencia de los ilergetes o de los ilercavones, cuya identidad está perfectamente confirmada por la conjunción de las fuentes literarias, toponímicas y numismáticas, los ausetanos del Ebro son el resultado de una simple hipótesis filológica. Deberíamos pues evitar la utilización de ese nombre como si se tratara de un dato histórico positivo. Dicho esto, reconozco de buen grado que la hipótesis de los ausetanos del Ebro tiene dos méritos importantes. Por un lado, confiere alguna lógica a fuentes literarias que parecían confusas y contradictorias; por otra parte, permite dar a las poblaciones del Bajo Aragón ibérico un lugar y un nombre en el entramado étnico de finales del siglo III, distinguiéndolas de sus vecinos sedetanos, celtíberos belos, ilercavones e ilergetes.

Existen, en efecto, varios criterios sacados de la cultura material que permiten caracterizar con gran precisión a estos ausetanos meridionales. F. Burillo (en prensa) ha mencionado dos de ellos. En la época republicana, las estelas decoradas del tipo del bajo Aragón sólo existen en los valles del Martín, del Guadalope y del Matarraña; y además, como hemos visto anteriormente, es posible que su aparición sea anterior a la conquista romana. Remontando a los comienzos de la Edad del Hierro, F. Burillo señala que se pueden encontrar "puntos en común" entre la distribución de dichas estelas y las de los "enterramientos tumulares característicos de este mismo territorio, durante los siglos VII y VI a. C." (*ibidem*). La elaborada arquitectura funeraria del Bajo Aragón protohistórico se opone claramente, en efecto, a las tumbas de hoyo simple de las necrópolis de las regiones que se convertirán más adelante en la Ilercavonia (El Molar, La Tosseta). Añadiré, por mi parte, otros cuatro criterios, de desigual importancia (fig. 9):

1. La tinaja de borde plano, tipo "Ilduratin", sólo existe en el Bajo Aragón, la Terra Alta, la Plana occidental catalana (Baix Cinca, Segrià, Pla d'Urgell; Alonso 1999, p. 227) y el Medio Ebro (por ejemplo en el Castillo de Cuarte desde el siglo V, Burillo y Royo 1996, fig. 3). No es pues un elemento exclusivo del Bajo Aragón, pero es interesante señalar que se halla totalmente ausente del Bajo Ebro y de las zonas litorales del sur de Tarragona y el norte de Castellón, es decir, de las regiones que pertenecían sin lugar a dudas al territorio ilercavón. Por otro lado, su aparición parece más tardía en la orilla izquierda que en la orilla derecha del Ebro. Correlativamente, el ánfora de transporte de tipo ibérico o púnico-ebusitano no se encuentra en el Bajo Aragón al oeste del Algars.

2. Los molinos de vaivén ovalados con agarradores laterales, a veces llamados "de montera" (Alonso 1999, p. 239) están presentes en el Bajo Aragón a lo largo de toda la Edad del Hierro, del siglo VII al I, pero no existen ni en la Plana occidental catalana, ni en las regiones próximas a la desembocadura, ni en el resto de Cataluña.

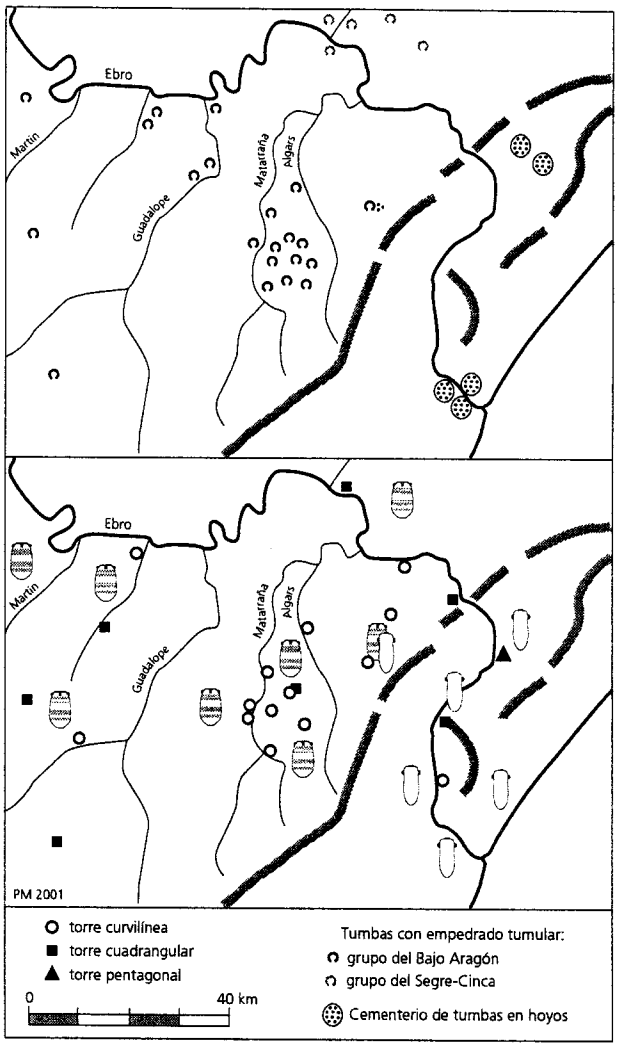


Fig. 9. Criterios de delimitación cultural y tal vez étnica. Arriba: prácticas funerarias de la primera Edad del Hierro; abajo: arquitectura defensiva y vasos de almacenamiento.

3. En otro orden de cosas, el pequeño tamaño de los asentamientos es un rasgo distintivo del Bajo Aragón, y más concretamente de la comarca de Matarraña, en contraste con las regiones vecinas. En Ilercavonia, a finales del siglo III, existen al menos dos aglomeraciones de rango protourbano: Castellet de Banyoles de Tivissa e *Hibera* (ver más arriba). Del lado de la Sedetania, al oeste, el nacimiento de la ciudad es sin duda un poco más tardío, pero alcanza rápidamente proporciones que no se dan en el este del Bajo Aragón (Asensio Esteban 1995). Entre esas dos regiones, el Bajo Aragón oriental se distingue pues por cierto retraso en el proceso de urbanización.

4. El Bajo Aragón, la Terra Alta y el ángulo noroeste de la Ribera d'Ebre presentan una importante concentración

de torres curvilíneas[8]. Es cierto que existen algunas torres redondas o de ángulos redondeados en la zona costera, concretamente en Les Planetes, al norte de Tortosa (Noguera 2000, p. 33) y en el Puig de la Nau de Benicarló, pero se trata de casos aislados (Moret 2001, fig. 1). En el Bajo Aragón y en la Terra Alta, la torre redonda es, por el contrario, un elemento constante —casi podríamos decir una marca distintiva— de la arquitectura defensiva local, y ello a lo largo de toda la Edad del Hierro, desde el siglo VII (El Calvari de Vilalba, San Cristóbal de Mazaleón) hasta el siglo I (Torre Cremada).

En relación con este conjunto de fenómenos, Coll del Moro de Gandesa se presenta como un yacimiento de transición. En el ámbito funerario, la arquitectura y el material de las tumbas se ajustan a las tradiciones bajoaragonesas (Sanmartí 1992, p. 91-92), pero el material de algunas tumbas tumulares del siglo VI —concretamente M 10— es muy parecido al de las tumbas contemporáneas de Mas de Mussols (Rafel 1993). Constatamos igualmente diversas influencias en el material del hábitat de los siglos IV y III: tinajas de borde plano reentrante como en el Bajo Aragón y ánforas ibéricas provenientes del litoral, juntas en los mismos niveles estratigráficos (Rafel y Blasco 1994), o vasos de barniz rojo ilergete y cálatos del grupo B 1 que sugieren lazos comerciales entre la Terra Alta y la Plana occidental catalana (Principal 1998, p. 208). La depresión de Bot, controlada por Coll del Moro, se situaba, sin duda alguna, en la encrucijada de tres rutas comerciales: al oeste, la del Bajo Aragón; al norte, la de la Plana occidental (¿por Flix?) y al este la del Bajo Ebro. Allí, y no en el valle de Matarraña, es donde se situaba la zona fronteriza entre los pueblos de la costa y los del interior.

[8]Para el Bajo Aragón, véase más arriba, n. 4; para la Ribera d'Ebre, ver en este mismo volumen la comunicación referente a la fortificación curvilínea de El Barranc del Moselló de Flix (J M. Pérez *et alii*).

Bibliografía

Almagro-Gorbea, Martín. (1992): "Los intercambios culturales entre Aragón y el litoral mediterráneo durante el Bronce Final", en *Aragón / Litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, p. 633-658.

Alonso, N. (1999): *De la llavor a la farina. Els processos agrícoles protohistòrics a la Catalunya Occidental*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 4, Lattes.

Alonso, N., Junyent, E., Lafuente, A. y López, J. B. (1998): "Poder, símbolo y territorio: el caso de la fortaleza de Arbeca", en *Los Iberos. Príncipes de Occidente (Congreso internacional, Barcelona, 12-14 de marzo de 1998)*, Barcelona, Fundación «la Caixa», p. 355-372.

Arasa i Gil, F. (2001): *La romanització a les comarques septentrionals del litoral valencià. Poblament ibèric i importacions itàliques en els segles II-I aC*, Serie de Trabajos Varios del SIP, 100, Valencia.

Arteaga, O., Padró, J. y Sanmartí, E. (1990): *El poblado ibérico del Tossal del Moro de Pinyeres (Batea, Terra Alta, Tarragona)*, Barcelona, Monografies Arqueològiques, 7.

Asensio Esteban, J. A. (1995): *La ciudad en el mundo prerromano en Aragón*, Zaragoza, Institución Fernándo el Católico.

Atrián Jordán, P. y Martínez González, M. (1976): "Excavaciones en el poblado ibérico del « Cabezo de La Guardia » (Alcorisa, Teruel)", *Teruel*, 55-56, p. 59-97.

Belarte Franco, C. (2000): "Sobre el uso del barro en la protohistoria del Bajo Aragón : estudio de materiales conservados en el Museu d'Arqueologia de Catalunya-Barcelona", *Kalathos*, 18-19, p. 65-93.

Belarte, C., Sanmartí, J., Santacana, J. y Asensio, D. (2000): "Modèles de sites proto-urbains du Bronze final et Premier Âge du fer en Catalogne méridionale", en *Actes du XXIVe Congrès préhistorique de France – Habitats, économies et sociétés du Nord-Ouest méditerranéen de l'âge du Bronze au premier âge du Fer (Carcassonne, 1994)*, Paris, p. 139-145.

Beltrán Lloris, M. (1976): *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza.

Beltrán Lloris, M. (1996): *Los Iberos en Aragón*, Zaragoza.

Benavente Serrano, J. A. (1984): "El poblamiento ibérico en el valle medio del Regallo (Alcañiz, Teruel)", *Kalathos*, 3-4, p. 155-190.

Benavente, J. A., Navarro, C., Ponz, J. L. y Villanueva, J.C. (1991): "El poblamiento antiguo del área endorreica de Alcañiz (Teruel)", *Al-Qannis*, 2, p. 36-92.

Bonet Rosado, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Llíria. La antigua Edeta y su territorio*, Valencia, Diputación de Valencia.

Bosch Gimpera, P., (1915): "Campanya arqueològica de l'Institut d'Estudis Catalans al límit de Catalunya i Aragó (Caseres, Calaceit i Maçalió)", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, V (2), 1913-1914 (1915), p. 819-838.

Bosch Gimpera, P. (1923): "Les excavacions en el Baix Aragó", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, 6, 1915-1920 (1923), p. 642-671.

Bosch-Gimpera, P. (1929): "La civilisation ibérique du Bas-Aragon", *IVe Congrès international d'archéologie - Exposition internationale de Barcelone*, Barcelona, p. 5-37.

Bosch Gimpera, P. (1931): "Les investigacions de la cultura ibèrica al Baix Aragó", *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, 7, 1921-1926 (1931), p. 72-80.

Bruhl, A. (1932): *Excavaciones en el Cabezo del Cascarujo, término de Alcañiz (Teruel)*, Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas, 121, Madrid.

Burillo Mozota, F. (1982): "El urbanismo del poblado ibérico El Taratrato de Alcañiz", *Kalathos*, 2, p. 47-66.

Burillo Mozota, F. (1987): "Introducción al poblamiento ibérico en Aragón", en *Iberos - Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985)*, Jaén, p. 77-98.

Burillo Mozota, F. (1990 a): "La crisis del ibérico antiguo y su incidencia sobre los campos de urnas finales del Bajo Aragón", *Kalathos*, 9-10, p. 95-124.

Burillo Mozota, F. (1990 b): "La Segunda Edad del Hierro en Aragón", en *Estado actual de la arqueología en Aragón, I. Ponencias*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, p. 133-213.

Burillo Mozota, F. (1991): "Introducción a las fortificaciones de época ibérica en la margen derecha del valle medio del Ebro", en *Fortificacions – la problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a. C.). Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, p. 37-53.

Burillo Mozota, F. (1992): "Las necrópolis de época ibérica y el ritual de la muerte en el valle medio del Ebro", en *Congreso Nacional de Arqueología Ibérica : Las necrópolis (Madrid, 1991)*, Madrid, p. 563-585.

Burillo Mozota, F. (1997): "La Segunda Edad del Hierro, Crónica del Aragón antiguo, de la prehistoria a la alta Edad Media (1987-1993)", *Caesaraugusta*, 72, I, p. 217-309.

Burillo Mozota, F. (en prensa): "Propuesta de una territorialidad étnica para el Bajo Aragón: los ausetanos del Ebro", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 18.

Burillo, F. y Royo, J. I. (1996): "El yacimiento del Castillo de Cuarte (Zaragoza) y su contribución al conocimiento del inicio del Ibérico Pleno en el valle medio del Ebro", *Gala*, 3-5, Sant Feliu de Codines, p. 387-398.

Cabré Aguiló, J. (1908): "Hallazgos arqueológicos", *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, 5, p. 214-241.

Cabré Aguiló, J. (1984): "San Antonio de Calaceite" (Catálogo Monumental de Teruel. Tomo 1), *Kalathos*, 3-4, p. 9-49.

Diloli, J. (1995): "Anàlisi del poblament en època ibèrica al curs inferior de l'Ebre (Baix Ebre - Montsià)", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 5, p. 99-124.

Esteve Gálvez, F. (1974): *La necrópolis ibérica de La Oriola cerca de Amposta (Tarragona)*, Valencia, Diputación provincial de Valencia (Estudios ibéricos, 5).

Esteve Gàlvez, F. (1999): *Recerques arqueològiques a la Ribera Baixa de l'Ebre. II. Protohistòria i Antiguitat Tardana*, Museu del Montsià, Amposta.

Fatás Cabeza, G. (1973): *La Sedetania. Las tierras zaragozanas hasta la fundación de Caesaraugusta*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada.

Gailledrat, E. (1997): *Les Ibères de l'Ebre à l'Hérault*, Monographies d'Archéologie Méditerranéenne, 1, Lattes.

Galán Domingo, E. (1994): "Estelas y fronteras: un caso de estudio en el Bajo Aragón en época ibérica", en *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias (Soria, 1993)*, Soria, I, p. 99-106.

García Cano, J. M. (1999): "Un aspecto poco tratado en las necrópolis ibéricas. La perduración de objetos en los ajuares: el caso de Murcia", en *Primeras Jornadas de arqueología ibérica en Castilla-La Mancha (Iniesta, 1997)*, Toledo, p. 169-179.

Gil-Mascarell, M., Fernández, A. y Oliver, A. (1996): "Resultados de las excavaciones arqueológicas en el yacimiento ibérico de la Torre de Foios (Lucena, Castellón)", *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 17, p. 219-254.

Gracia, F. y Munilla, G. (1993): "Estructuración

cronocupacional del poblamiento ibérico en las comarcas del Ebro", *Laietania*, 8, 1993, p. 209-255.

Gracia, F., Munilla, G. y García, E. (1996): "El período Ibérico I en la comarca del Montsià. Poblamiento y organización del territorio", *Gala*, 3-5, Sant Feliu de Codines, p. 363-386.

Gracia, F., Munilla, G. y García, D. (2000): "Moleta del Remei (Alcanar, Montsià). Balance de la investigación 1985-1997", en *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Rosselló i Llenguadoc Occidental. Actualitat de l'arqueologia de l'edat del Ferro*, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Serie monogràfica 19, Girona, p. 59-72.

Izquierdo, I. y Arasa, F. (1999): "La imagen de la memoria. Antecedentes, tipología e iconografía de las estelas de época ibérica", *APLev*, 23, p. 259-300.

Jacob, P. (1988): "Un doublet dans la géographie livienne de l'Espagne antique: les Ausétans de l'Ebre", *Kalathos*, 7-8, p. 135-148.

López Bravo, F. (2001): "Propuesta tipólogica para urnas de cierre hermético con apéndices perforados del norte de Castellón y sur de Tarragona", *Saguntum*, 33, p. 49-64.

López Cachero, J. (1999): "Primeros ensayos urbanísticos en el NE peninsular: el ejemplo de Genó y los poblados de espacio central", *Pyrenae*, 30, p. 69-89.

Loscos Pastor, R. M., Herrero Gascón, M. A. y Martínez Andrés, M.R. (1995): "Avance de la primera campaña de excavación en el yacimiento ibérico El Cabo (Andorra, Teruel)", *Kalathos*, 13-14, p. 143-174.

Maluquer de Motes, J. (1962): *Tossal del Moro*, Excavaciones Arqueológicas en España, 5, Madrid.

Maluquer de Motes, J. (1987): *La necrópolis paleoibérica de Mianes en Santa Bárbara (Tarragona)*, Barcelona, Universitat de Barcelona.

Martín Costea, A. (1984): "Yacimientos de época Ibérica en la depresión de Mas de las Matas (Teruel)", *Kalathos*, 3-4, p. 191-202.

Mascort, M. T., Sanmartí, J. y Santacana, J. (1991): *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Benifallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya Meridional*, Tarragona, Diputació de Tarragona.

Mata Parreño, C. (1993): "Aproximación al estudio de las necrópolis ibéricas valencianas", en *Homenatge a Miquel Tarradell*, Barcelona, p. 429-448.

Mata Parreño, C. y Bonet Rosado, H. (1992): "La cerámica ibérica: ensayo de tipología", en *Estudios de arqueología ibérica y romana - Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Trabajos Varios del S.I.P., 89, Valencia, p. 117-173.

Mayoral i Franco, F. (1992): "Las necrópolis del Horizonte Ibérico Antiguo del Montsià" - Bajo Maestrazgo, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2, p. 97-110.

Moret, P. (1996): *Les fortifications ibériques, de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine*, Madrid, Collection de la Casa de Velázquez, 56.

Moret, P. (2001): "El Tossal Montañés (Valdeltormo, Teruel): une maison-tour ibérique du VIe siècle av. J.-C.", *Madrider Mitteilungen*, 42, p. 84-100.

Moret, P. y Benavente Serrano, J. A. (2000): "Nouvelles recherches sur l'habitat de l'âge du Fer dans la vallée du Matarraña (Bas Aragon)", en *Actas do III Congresso de Arqueologia Peninsular*, vol. 5, «Proto-História da Península Ibérica», Porto, p. 327-344.

Moret, P., Gardes, P. y Benavente, J. A. (1997): "Torre Cremada (Valdeltormo, Teruel). Un fortín ibero-romano en el Bajo Aragón", *Kalathos*, 16, p. 19-44.

Munilla Cabrillana, G., (1991): "Elementos de influencia etrusca en los ajuares de las necrópolis ibéricas", en *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica (Mesa redonda, Barcelona, 1990)*, Barcelona, p. 107-175.

Munilla Cabrillana, G. (2000): "La Ilercavònia i el seu territori. La cultura ibèrica a les comarques de l'Ebre", *Ilercavònia*, 1, p. 1-24.

Noguera Guillén, J. (1998): "Evolució del poblament de la foia de Móra (Ribera d'Ebre, Tarragona) des del bronze final a l'ibèric ple: anàlisi i evolució del territori", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 8, p. 19-38.

Noguera Guillén, J. (2000): "Característiques dels poblats ibèrics fortificats en el curs inferior de l'Ebre", *Ilercavònia*, 1, p. 25-51.

Pallarés Salvador, F. (1965): *El poblado Ibérico de San Antonio de Calaceite*, Instituto Internacional de Estudios Ligures, Colección de Monografías Prehistóricas y Arqueológicas, V, Barcelona.

Paris, P. y Bardavíu Ponz, V. (1926): *Fouilles dans la région d'Alcañiz (province de Teruel) - II. Le Taratrato*, Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes Hispaniques, XI (1), Bordeaux.

Plana, R. y Martín i Ortega, A. (2000): "L'oppidum d'Ullastret et son territoire : premiers résultats", en *L'hàbitat protohistòric a Catalunya, Rosselló i Llenguadoc Occidental. Actualitat de l'arqueologia de l'edat del Ferro*, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Serie monogràfica 19, Girona, p. 123-134.

Principal Ponce, J. (1998): *Las importaciones de vajilla fina de barniz negro en la Cataluña sur y occidental durante el siglo III a.C. Comercio y dinámica de adquisición en las sociedades indígenas*, BAR, Int. Ser. 729, Oxford.

Puch Foncuberta, E. (1996): *El poblament ibèric i romà a la Terra Alta*, Centre d'Estudis de la Terra Alta, Gandesa.

Puch Foncuberta, E. y Ortonoves Manríquez, R. (1988): "Actualización de la carta arqueológica de Valderrobres (Teruel)", *Kalathos*, 7-8, p. 149-175.

Puch Foncuberta, E. y Ortonoves Manríquez, R. (1992): "Arqueología del río Tastavins", *Kalathos*, 11-12, p. 91-113.

Py, M. (1993): *Les Gaulois du Midi de la fin de l'âge du bronze à la conquête romaine*, Paris.

Quesada Sanz, F. (1994): "Lanzas hincadas, Aristóteles y las estelas del Bajo Aragón", en *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias (Soria, 1993)*, Soria, I, p. 361-369.

Quesada Sanz, F. (1997).- *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura ibérica (siglos VI-I a.C.)*, Monographies Instrumentum, 3, Montagnac, 2 vol.

Quesada Sanz, F. (2000): "Territorio, etnicidad y cultura material. Estelas « del Bajo Aragón »... en Cataluña nororiental", *Kalathos*, 18-19, p. 95-106.

Rafel i Fontanals, N. (1991): *La necròpolis del Coll del Moro de Gandesa : els materials*, Tarragona, Diputació de Tarragona.

Rafel i Fontanals , N. (1993): *Necròpolis del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta). Campanyes 1984 a 1987*, Excavacions Arqueològiques a Catalunya, 12, Barcelona.

Rafel i Fontanals, N. (1996): "El conjunt arqueològic del Coll del Moro de Gandesa : algunes dades sobre el procés d'iberització a la zona", *Gala*, 3-5, p. 341-348.

Rafel, N. y Blasco, M. (1991): "El recinte fortificat del Coll del Moro de Gandesa", en *Fortificacions – la problemàtica de l'ibèric ple (segles IV-III a. C.). Simposi Internacional d'Arqueologia Ibèrica*, Manresa, Centre d'Estudis del Bages, p. 293-301.

Rafel, N. y Blasco, M. (1994): *El Coll del Moro. Un recinte ibèric fortificat. Campanyes del 1982 al 1983 (Gandesa, Terra Alta)*, Memòries d'Intervencions Arqueològiques a Catalunya, 8, Barcelona.

Rafel , N. Blasco, M. y Sales, J. (1994): "Un taller ibérico de tratamiento de lino en el Coll del Moro de Gandesa (Tarragona)", *TP*, 51 (2), p. 121-136.

Rouillard, P. (1991): *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du VIIIe au IVe siècle avant Jésus-Christ*, Publications du Centre Pierre Paris, 21, Paris.

Ruiz Zapatero, G. (1979): "El Roquizal del Rullo : Aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los Campos de Urnas del Bajo Aragón", *TP*, 36, p. 247-287.

Ruiz Zapatero, G. (1984): "El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización : dos casos de estudio, el Bajo Aragón y Cataluña interior", *Kalathos*, 3-4, p. 51-70.

Ruiz Zapatero, G. y Lorrio, A. J. (1999): "Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico", en J.A. Arenas y M.V. Palacios (ed.), *El origen del mundo celtibérico (Molina de Aragón, 1-3 de octubre de 1998)*, Guadalajara, p. 21-36.

Sanmartí, J. (1992): "Las necrópolis ibéricas en el área catalana", en *Congreso Nacional de Arqueología Ibérica: Las necrópolis (Madrid, 1991)*, Madrid, p. 77-108.

Sanmartí-Grego, E. (1975): "Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón (comarca del Matarranya)", *CPAC*, 2, p. 87-132.

Sanmartí-Grego, E. (1978): "Les cultures protohistòriques de la comarca del Matarranya : un estat de la qüestió", *Fonaments*, 1, p. 121-149.

Sanmartí-Grego, E. (1984): "Observaciones acerca del poblado ibérico de San Antonio de Calaceite en relación a su funcionalidad rectora en el poblamiento de su área de influencia", *Arqueología Espacial*, 4, Teruel, p. 161-171.

Sanmartí-Grego, E. (1999): "Bosch Gimpera y la Escuela Catalana de Estudios Ibéricos", en *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, p. 109-112.

Sanmartí, E. y Padró, J. (1978): "Ensayo de aproximación al fenómeno de la iberización en las comarcas meridionales de Cataluña", *Ampurias*, 38-40, p. 157-176.

Tomàs Maigí, J. (1959): "Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica", *Caesaraugusta*, 13-14, p. 79-127.

Tomàs Maigí, J. (1960): "Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica (Conclusión)", *Caesaraugusta*, 15-16, p. 41-89.

Tramullas Saz , J. y Alfranca Luengo, L. M. (1995): "El valle medio del Ebro durante la Primera Edad del Hierro: las destrucciones y abandonos de poblados durante los siglos VI y V a.C. y su relación con los comienzos del mundo ibérico y celtibérico", en *Poblamiento celtibérico. III Simposio sobre los Celtíberos (Daroca, 1991)*, Zaragoza, p. 275-280.

Untermann, J. (1996).- "La frontera entre las lenguas ibérica y celtibérica en las provinicas actuales de Zaragoza y Teruel", en *Homenaje a Purificación Atrián*, Teruel, p. 177-189.